

SYNODUS EPISCOPORUM

DE VOCATIONE ET MISSIONE
EPISCOPORUM IN ECCLESIA ET IN MUNDO
DUM
VIGINTI ANNIS
A CONCILIO VATICANO II
ELAPSI

INSTRUMENTUM LABORIS

Textus latinus-hispanicus

E CIVITATE VATICANA 1987

VOCACION Y MISION DE LOS LAICOS
EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO
VEINTE AÑOS DESPUES DEL CONCILIO VATICANO II

INTRODUCCION

EL TEMA

El tema « vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo los veinte años del Concilio Vaticano II », elegido por el Santo Padre a petición de la mayoría de los organismos eclesiales consultados, el argumento de la VII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Pero tanto esa Asamblea Ordinaria como la discusión del tema previamente indicado, al celebrarse en 1985 la II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, debieron ser aplazados hasta 1987.

El argumento propuesto tiene gran importancia. En efecto, son profundos y rápidos los cambios que hoy se producen en la sociedad contemporánea. Los laicos están llamados de modo especial a asumir la misión de la Iglesia, ya que ellos se encuentran, por su propia condición, allí donde las relaciones entre la Iglesia y el mundo se articulan de un modo más visible y concreto.

La Iglesia, a los veinte años del Concilio, no sólo participa con una conciencia cada día mayor en las legítimas aspiraciones de los hombres de los pueblos a la dignidad y a la libertad, sino que se esfuerza sobre todo, como se ha visto en la reciente Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, por comprenderse mejor a sí misma y en entender con mayor claridad su vocación y su misión. Desde este punto de vista los laicos constituyen hoy un insigne motivo y objeto de gran esperanza para la Iglesia de hoy.

Vocación y misión son dos conceptos distintos aunque no separables; la próxima Asamblea sinodal considerará al laico en esta óptica, buscando comprender mejor su figura y definir con mayor precisión la tarea que el mismo Cristo les asigna en la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo.

NATURALEZA Y OBJETO DEL INSTRUMENTUM LABORIS

Sobre la base de los *Lineamenta*, cuya finalidad era estimular la reflexión en las iglesias locales sobre el tema propuesto, ha tenido lugar una amplia consulta en toda la Iglesia de la que se han obtenido numerosas aportaciones.

Ahora por tanto, la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, habiendo recogido diligentemente, según la praxis, las diversas protestas y sugerencias de los Obispos, ha elaborado el correspondiente *Instrumentum Laboris*. Este constituye el resultado de las respuestas a los *Lineamenta*, pero sin ser verdadera y propiamente un resumen de éstas. El presente *Instrumentum Laboris* no pretende proponer una teología del laicado, cuyos fundamentos han sido ya ampliamente expuestos en los textos del Concilio Vaticano II y en el sucesivo Magisterio pontificio.

El documento, que por tanto no pretende ser perfecto, quiere solamente ofrecer a la futura Asamblea una exposición razonada de las reflexiones, experiencias, sugerencias y propuestas que han llegado a la Secretaría General desde los Sínodos y organismos episcopales de los ritos orientales, Conferencias Episcopales, Dicasterios de la Curia Romana, Unión de los Superiores Generales de los religiosos y otros organismos eclesiales.

El tema elegido para la próxima Asamblea Sinodal interesa directamente a la gran mayoría de los fieles aunque, debido a la naturaleza de esta Asamblea, solamente a los Obispos corresponderá afrontarlo y discutirlo en la forma apropiada. Sin embargo, el Santo Padre ha concedido también esta vez, como ya hizo con ocasión de la VI Asamblea Ordinaria sobre *Reconciliatio et Paenitentia*, que el texto del *Instrumentum Laboris*, aún estando dirigido específicamente a los miembros de la Asamblea Sinodal, se ponga a disposición de toda la Iglesia. Por la naturaleza del tema, y en vista del trabajo del Sínodo, se quiere invitar también a los fieles laicos a continuar la reflexión, según las formas y modos apropiados a la situación de cada uno.

PLAN DEL INSTRUMENTUM LABORIS

El *Instrumentum Laboris* se articula en tres partes.

La primera, bajo el título *Mirada de fe a la situación humana contemporánea*, pretende llamar la atención del Sínodo sobre los cambios

de caracterizan la presente situación de la sociedad. Vistos a la luz de la fe, éstos constituyen una importante llamada dirigida a los cristianos con ocasión de una Asamblea Sinodal que quiere reflexionar sobre los laicos, cuya índole secular les hace intérpretes sensibles de la evolución del mundo y operadores de la misión de la Iglesia en él.

La segunda parte, titulada *Los fieles laicos y el misterio de la Iglesia*, tiene un carácter prevalentemente doctrinal y describe la profundidad de la vocación y la misión de los laicos. A la luz del Misterio trinitario quiere mostrar la dimensión creatural y redentora de la participación de los fieles laicos en la vocación y misión de la misma Iglesia. Sacramentos, carismas y ministerios se consideran como los factores que permiten captar la verdadera naturaleza de la vocación de los laicos y su destinación a la santidad mediante la perfección en el amor, e iluminar al mismo tiempo el profundo vínculo de comunión que en la Iglesia une a todos los fieles, sea cual fuere su estado de vida.

La tercera parte, *Testigos de Cristo en el mundo*, examina las modalidades, los lugares y los ambientes en que los laicos, animados por una profunda vida espiritual y cristianamente formados, realizan su vocación como verdaderos y propios sujetos de la misión.

Que el Espíritu del Señor, que une a todos los hijos de la Iglesia con el vínculo de la comunión, pueda tomar también ocasión de este documento, a fin de que en la Iglesia se disponga la próxima Asamblea sinodal

- « para clarificar y profundizar la “figura” de los laicos, su vocación y misión;
- para responder, en comunión con toda la Iglesia, a los problemas pastorales que hoy están unidos al compromiso laical en la comunidad eclesial y en la sociedad civil;
- para favorecer y promover en todos los laicos su vitalidad espiritual y apostólica al servicio de la Iglesia en este momento de la historia ».¹

PRIMERA PARTE

MIRADA DE FE A LA SITUACION HUMANA CONTEMPORANEA

I.

INAMISMOS DE PARTICIPACION EN EL MUNDO ACTUAL

A VEINTE AÑOS DEL CONCILIO

La evolución actual del mundo y las cuestiones apremiantes que caracterizan los cambios socio-culturales más recientes, constituyen para la Iglesia una llamada a retomar —a veinte años del Concilio— la reflexión sobre la vocación y misión de los laicos a la luz del designio de salvación que Dios mismo realiza en Jesucristo a lo largo de la historia.²

En efecto, la índole secular de los fieles laicos les hace protagonistas particularmente atendibles de la misión de la Iglesia en el mundo.³ Ellos viven participando en todas las realidades que constituyen el tejido de la existencia terrena de los hombres; y quedan así necesariamente involucrados en la compleja dinámica de la historia contemporánea.

Por tanto, la reflexión sobre la « vocación y misión de los laicos veinte años del Concilio Vaticano II » no puede prescindir de dar una mirada de fe a aquella situación humana en la que los fieles laicos ven su pertenencia a la Iglesia. Una mirada así no puede dejar de conocer en las crecientes experiencias de participación, vividas por hombres y mujeres, uno de los rasgos más significativos de nuestro tiempo.

PARTICIPACION Y PROGRESO

El hombre descubre hoy, mirando al pasado, que el trabajo y el esfuerzo creativo de muchas generaciones le han conquistado un dominio progresivo sobre la naturaleza y una participación cada vez más activa en la historia. Saben los hombres y mujeres de nuestro tiempo que pueden mejorar ulteriormente sus condiciones de vida y que tienen la posibilidad de orientar con mayor libertad su propia historia personal. En este sentido se ha logrado un progreso en la participación social.

Un fuerte proceso de socialización ha tomado mayor fuerza en los diversos cuerpos intermedios de la sociedad; familia, escuela, mundo del trabajo se han convertido así en lugares de cooperación entre los hombres y de intercambio continuo entre personas e instituciones. Este proceso aún está comenzando en muchos países, pero nadie deja de reconocer la decisiva importancia que tiene. Tanto más que en las culturas tradicionales de muchas naciones, la participación de todos en la vida de la comunidad tiene una importancia primordial.

El estado actual de la investigación científica y tecnológica permite esperar que las conquistas de la inteligencia humana sabrán dar respuesta a las nuevas necesidades de la humanidad. Sin embargo, urge un imperativo impostergable de una repartición equitativa de los recursos mundiales, ya que se presentan condiciones de vida que no responden siquiera a las necesidades más elementales de la persona, que se ve obligada a soportar un alto grado de miseria. Por esto es urgente ofrecer espacios de participación a quienes todavía están al margen del proceso de crecimiento socio-cultural. En la familia humana se reconoce el derecho que tiene cada persona a participar en su propio destino y en el destino común.

DIMENSION POLÍTICA DE LA PARTICIPACION

En muchos países se ha ampliado notablemente la participación en la vida política y se presenta cada día más como una exigencia de la conciencia civil. Las opciones políticas que los hombres y las mujeres pueden llevar hoy a cabo en su situación concreta de vida, son la mani-

stación de la creciente responsabilidad de la persona por el bien común. Donde estas decisiones son la expresión de una elección libre responsable, aumenta la sensibilidad hacia el bien común, junto con estima por la paz, la justicia, la libertad, la solidaridad, y la fraternidad.

La dinámica de participación supera las fronteras nacionales y se esfuerza por crear nuevas relaciones internacionales. Asistimos hoy a la multiplicación de iniciativas comunes de colaboración entre los pueblos en vista de un orden político, económico y social más justo. Nuevas formas de intercambio y de diálogo a diversos niveles abren nuevos espacios a la participación internacional que ayudan a desarrollar las disposiciones favorables a la mutua comprensión y a la ayuda recíproca.

La conciencia que tiene hoy el hombre de ser protagonista del destino común a todos, se expresa también en tomas de posición y en formas de lucha contra aquellas contradicciones que afectan más negativamente la vida de hoy: el hambre que aflige una parte de la humanidad mientras que la otra parte, por motivos de egoísmo económico y político, se rehusa a compartir aún el exceso de las propias riquezas; las persistentes situaciones de violencia, y de guerra favorecidas por la frenada carrera en la producción, venta y compra de armamentos.

Llamadas urgentes a la solidaridad mundial provienen de cuantos viven hoy en sistemas totalitarios, determinados por ideologías reductoras de la libertad y el derecho de participación. Al mismo tiempo, se manifiestan diversas formas de egoísmo colectivo que de manera inquietante tienden a monopolizar, negándolo a los demás, estos ámbitos de participación.

Por parte de todos aquellos que gozan de la libertad, urge la necesidad de denunciar los sistemas totalitarios y, solidariamente con los

pueblos que sufren, trabajar en favor de todos los hombres y mujeres quienes hoy no se deja otra posibilidad que la de ser sujetos pasivos un poder político totalitario.

PARTICIPACIÓN E IDENTIDAD CULTURAL

Cada vez son más numerosos los hombres y mujeres de nuestro tiempo que son conscientes de que la participación en la vida de la comunidad humana significa también creación y asimilación de cultura. La cultura de una comunidad es expresión de las elecciones que hace cada uno y de los valores comunes en los que todos concuerdan. La cultura, por consiguiente, invita a la participación y al diálogo entre las personas y las comunidades.

Son muchas las iniciativas que, en diversos ambientes de la convivencia social, buscan formular nuevas propuestas para hacer más humanas las condiciones de vida de las personas. Estas, se dirigen a contrarrestar las tendencias contradictorias que limitan la posibilidad de participación en la adquisición y en la profundización de la cultura. Mientras los diversos sectores del saber científico se especializan ulteriormente y se hacen cada vez más autónomos los diversos ámbitos de vida individual y social, crece entre los hombres y mujeres la necesidad de una síntesis cultural que sea sobre todo síntesis de vida. El progreso cuestiona las formas tradicionales de vida, pero es también capaz de poner en evidencia sus valores fundamentales. Es necesario, por tanto, armonizar las riquezas de las culturas tradicionales con la posibilidad moderna.

A través de los diversos medios de comunicación social, también a nivel internacional, se difunde hoy por todas partes una cultura uniforme que corre el riesgo de reducir, en los grupos y comunidades, los ámbitos de creatividad. Al mismo tiempo, muchos pueblos redescubren el significado de su identidad cultural, base de una peculiar aportación en el diálogo mundial entre las Naciones. Sin embargo falta todavía encontrar los medios adecuados que permitan superar la desproporción en las posibilidades de participación de los diversos pueblos y grupos sociales y los bienes de la cultura.

El principio para lograr este fin se resume en que la participación del hombre en la vida social será al mismo tiempo génesis y expresión de la cultura, cuando encuentre espacios para dar y recibir recíprocamente aquellos valores que confieren dignidad a la vida humana.

PARTICIPACION Y DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

La participación actual en los diversos niveles de la vida económica, social y política ha intensificado las relaciones interpersonales. Gracias a ellas, cada persona es consciente de la responsabilidad que tiene consigo misma y con los demás; por esto el hombre descubre su dignidad. Al mismo tiempo, toma conciencia de que tal dignidad entraña unas exigencias precisas. La diversidad, e incluso la contradictoriedad, de las experiencias que viven los hombres y mujeres de hoy no puede velar la propia conciencia la insuprimible inclinación al bien que está presente en el corazón de cada hombre y le hace intuir su dependencia de un Bien que le trasciende. Cuando el hombre reconoce la existencia de los otros, entiende que debe vivir las relaciones interpersonales en las que está inmerso, con la clara conciencia de que los demás son sujetos con una dignidad igual a la suya.

La afirmación de la dignidad y libertad del hombre, que está en la base de todo dinamismo participativo, marca la vida de muchas personas en nuestro tiempo. A pesar de ello, cada vez aumenta el número y las formas de pisotear la dignidad de la persona humana y de los pueblos. Todo esto es lo que hace urgente una liberación integral para todos. El

hombre, por la dignidad de su libertad, pide hoy unas condiciones de vida que permitan a todos disponer de los ámbitos y los medios indispensables para participar responsablemente en la vida de las comunidades nacionales e internacionales.

PARTICIPACION Y PROMOCION DE LA MUJER

El movimiento de promoción y liberación de la mujer aparece hoy entre las manifestaciones más significativas de la tendencia general a la participación. Las iniciativas en favor del reconocimiento de la igualdad de derechos entre los hombres y mujeres a todos los niveles, basada en la afirmación de su igual dignidad, no ha cesado de aportar frutos. Se pueden registrar muchos resultados positivos que se han obtenido removiendo los obstáculos que limitaban la participación socio-cultural y política. Sin embargo, el pleno reconocimiento de la dignidad de la mujer estrechamente relacionado con la afirmación y aceptación de su identidad femenina— es un objetivo que todavía debe alcanzarse. En efecto, cuando la igualdad de dignidad y derechos entre hombre y mujer se busca mediante una mecánica identificación entre los dos, con el consiguiente rechazo de la condición femenina de la mujer, ésta se encuentra entonces ante nueva forma de opresión. Una emancipación unilateral, en tanto que mira casi exclusivamente al acceso de la mujer a los sistemas de producción, arriesga hacerle caer en un nuevo estado de alienación. La mujer que, dando la vida no « produce », ha debido afrontar nuevas agresiones de su dignidad y de sus derechos.

Además, la cultura que se difunde actualmente tiende a considerar como intercambiables, según los gustos, los papeles del hombre y de la mujer, reduciendo así todo el ser y el obrar de las personas a una mera funcionalidad casi anónima. Buscando respuestas a estos nuevos problemas la reflexión sobre la mujer parece que ha entrado hoy en la « segunda fase ». Se parte de la convicción de que la afirmación

la igual dignidad exige también el reconocimiento de la diversidad. redescubre el valor de la complementariedad entre el hombre y la mujer como realización plena de la humanidad de ambos. En esta perspectiva se vuelve a plantear también el significado del matrimonio y de la vida familiar como realización ejemplar de tal complementariedad. Los valores típicamente femeninos como la especial sensibilidad hacia el ser humano y hacia la vida, al diálogo y a la comunicación, son considerados hoy una expresión indispensable de la participación de la mujer en la vida social.

1. FACTORES QUE DIFICULTAN LA PARTICIPACION

Sea cual fuere su situación en la vida, los hombres y mujeres de hoy encuentran introducidos en una vigorosa corriente de participación. Sin embargo, la mentalidad secularista de tantas sociedades en las que viven, no siempre les ofrece la posibilidad de una participación que sea un auténtico crecimiento humano.

Eliminando a Dios y la verdad que El ha revelado del horizonte existencial del hombre contemporáneo, la mentalidad secularista ha transformado el camino del progreso en experiencia de inestabilidad e inseguridad. A menudo, la falta de adecuados criterios éticos conduce a considerar lo posible como la medida de lo lícito; y de este modo, los resultados del progreso pueden llegar a constituir una amenaza de desequilibrio. El temor a la energía nuclear, el espectro del agotamiento de los recursos naturales y la alarma ecológica, los riesgos de la ingeniería genética, los interrogantes que acompañan el desarrollo de la informática, son síntomas preocupantes de la ambivalencia del progreso.

Bajo el influjo del consumismo hedonístico, el hombre con frecuencia orienta su participación social a producir para el consumo y a consumir

ra satisfacer el deseo de placer. En esta dinámica ni siquiera se detiene las diversas formas de explotación del hombre.

Tales experiencias impulsan a buscar nuevos criterios de participación. La crisis de las ideologías, que pone de manifiesto la ambigüedad de sus propuestas, es una realidad innegable de nuestro tiempo. Se debe hacer notar también que ha contribuido al desarrollo de una nueva sensibilidad hacia lo sacro, favoreciéndolo. Sus manifestaciones, sin embargo, no siempre conducen a la fe en un Dios personal y trascendente. No son pocos, por otra parte, los hombres y mujeres que, para superar los límites del secularismo, optan por un fácil misticismo o por el fanatismo religioso. La difusión de estos fenómenos muestra, por una parte, que lo sacro es insuprimible del corazón del hombre y, por otra, la providencial conveniencia de la Revelación de Cristo que acoge y conduce a su perfección el sentido religioso del hombre.

La mirada de fe a la situación humana contemporánea ha permitido conocer en qué medida la existencia de los hombres y mujeres de nuestro tiempo está condicionada y determinada por los dinamismos de participación. Por sí solo, en cambio, el hombre no puede abrirse camino hacia una respuesta global a sus necesidades.

Por tanto, mientras se abren nuevas posibilidades y espacios de participación, crece también la búsqueda del sentido que tienen las cosas y las respuestas que se dan. Aparece por tanto, más urgente y oportuno que nunca dar testimonio de que solamente Cristo, Señor y Maestro, vive, centro y fin último de toda la historia humana,⁴ puede abrir al hombre la vía de la participación integral en la historia humana.

II. MISION DE LA IGLESIA Y PARTICIPACION DE LOS FIELES LAICOS

1. PARTICIPACION INTEGRAL EN LA HISTORIA HUMANA

Los fieles laicos tienen la misión de dar testimonio al mundo en que viven de que es posible una participación integral en la historia según el designio salvífico de Dios.

El « sí » de María, que acogió el ingreso del Redentor en la historia, marca el inicio de una nueva comunión del hombre con Dios de una más profunda y universal unidad del género humano. La Iglesia es signo e instrumento que se ofrece a todos de esta extraordinaria posibilidad de participación. Quien se abre al don de Dios en Cristo, se abre a la caridad universal, que le empuja a compartir con todos las riquezas espirituales y materiales que Dios le otorga. Participar en la vida de Cristo en la Iglesia significa por tanto acrecentar el dinamismo de participación que está presente en la historia de la humanidad, dándole una amplitud insospechada.

2. PROMOCION DEL LAICADO

Desde los orígenes de su historia la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia, según la diversidad de las situaciones socio-culturales, ha representado una de las más significativas dinámicas portadoras del ofrecimiento de la salvación integral en Cristo.

En la época moderna, las grandes etapas en el despertar de la responsabilidad de los fieles laicos en la misión de la Iglesia, han coincidido históricamente, en buena medida, con la aceleración del progreso científico, con el desarrollo de la cultura democrática y con el surgir de nuevos problemas sociales por la expansión de la civilización urbano-

ustrial. Sin embargo, este despertar ha sido posible porque la Iglesia desarrollaba al mismo tiempo una profunda reflexión sobre su propio misterio y misión en el mundo. En el florecimiento de la actividad misionera de la Iglesia, que ha derivado de este hecho, han colaborado intensamente muchos laicos. Por otra parte, la mayor participación de los fieles laicos en las tareas eclesiales, se ha puesto de manifiesto en la creación de nuevas formas asociativas y de importantes instituciones cristianas que actúan en el ámbito temporal y, de manera particular, en la gran corriente del catolicismo social.

Estas diversas formas de participación laical en el renovado empeño de la Iglesia en el mundo, que comenzaron a desarrollarse en la última parte del siglo pasado, han confluído en aquel amplio movimiento de renovación del laicado que, en sus diversas modalidades, puede considerarse una de las grandes corrientes preparatorias del Concilio Vaticano II.

6. NUEVOS INTERROGANTES QUE SURGEN EN RELACIÓN CON LA TAREA DE LOS FIELES LAICOS EN LA IGLESIA

Después del Concilio Vaticano II se ha iniciado una nueva etapa en la participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. Muchos fieles laicos han ido tomando conciencia de la peculiar responsabilidad eclesial que tienen en el mundo. Saben que pueden hacer presente a la Iglesia en los variados ambientes de la existencia humana y comprenden que descuidar esta responsabilidad significaría disminuir las posibilidades misioneras de la misma Iglesia. Los Pastores de la Iglesia han alentado esta toma de conciencia, invitando a los fieles laicos a participar en la vida de la Iglesia y a realizar la presencia cristiana en el mundo.

Este estado de cosas ha dado vida a nuevos interrogantes sobre el modo de vivir la comunión eclesial y de responder a las necesidades del mundo.

Las muchas cuestiones que hoy se agitan en la Iglesia en vista de próxima Asamblea Sinodal, pueden ser reconducidas como a dos mensionen, ambas esenciales, de la vida de la Iglesia:

a) una mayor participación de los fieles laicos en la comunión eclesial;

b) una presencia suya más eficaz en la misión de la Iglesia en mundo.

Algunas cuestiones, sin embargo, se refieren más propiamente a la participación de los laicos en la comunión eclesial:

— el incremento de la participación democrática en la vida social empuja a muchos laicos, hombres y mujeres, a pedir una participación semejante en las decisiones que se toman en la vida de la Iglesia.

1. ¿Sobre qué bases se construye la participación en la comunión eclesial?

2. ¿Cuáles son los criterios de « representación » en la Iglesia?

— el florecimiento del fenómeno asociativo caracteriza hoy la vida de los fieles laicos. Han nacido en estos años, a raíz del derecho de libre asociación en la Iglesia,⁵ numerosas asociaciones, grupos y movimientos.

¿Cómo acoger y discernir los carismas que a menudo están presentes en el origen de estas realidades? ¿Cómo armonizar la pluralidad de formas en vista de la unidad de la comunión y misión eclesiales?

Otras cuestiones se refieren más directamente a la misión de los laicos en el mundo contemporáneo:

— la mentalidad secularista priva de su verdadero significado la existencia humana y provoca graves fenómenos de disgregación. Sin embargo, en las formas contradictorias de retorno a lo sacro, se pone manifiesto un nuevo modo de buscar el significado del hombre.

¿De qué manera los fieles laicos pueden dar testimonio de haber encontrado en el Evangelio de Cristo una respuesta a las exigencias constitutivas de la persona humana?

¿De qué manera los fieles laicos, inmersos en el mundo y portadores de la fe y de la caridad divinas, pueden contribuir a superar esta disgregación?

— los fieles laicos muestran una nueva sensibilidad ante ciertos fenómenos como el hambre en el mundo, la marginación, la guerra toda forma de violación de los derechos humanos. Sienten que estas tradiciones sociales son en gran medida reconducibles a sistemas ideológicos de tipo materialista, hoy dominantes.

¿Cómo dar testimonio hoy de la relevancia histórica de la Redención Cristo para la construcción de un mundo más justo?

La Segunda Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, celebrada en el año 1985, ya afrontó algunos de éstos interrogantes con el principio de comunión en la Iglesia, ha orientado la reflexión teológico-pastoral.⁶

Tal principio, ofrece la posibilidad de componer en una síntesis equilibrada autoridad y libertad, responsabilidad personal y participación comunitaria, unidad y pluriformidad.

A la luz de todas estas cosas es necesario considerar ahora, más que nunca, la vocación y la misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo.

SEGUNDA PARTE

LOS FIELES LAICOS Y EL MISTERIO DE LA IGLESIA

I.

LA PARTICIPACION DE LOS LAICOS EN LA VOCACION Y MISION DE LA IGLESIA

DISTINCION ENTRE VOCACION Y MISION

Los fieles laicos reciben de Dios una vocación y una misión en situación humana contemporánea, cuyos rasgos característicos han sido brevemente descritos en la primera parte de este documento.

Antes de hacer una descripción de esta vocación y misión, tal y como aparecen a los veinte años del Concilio Vaticano II, conviene precisar las relaciones que existen entre ambos términos. Frecuentemente no se hace ninguna distinción entre vocación y misión. Se oye decir indiferentemente, por ejemplo, que la *vocación* de los laicos consiste en impregnar con el espíritu cristiano las realidades terrenas, que en esto consiste su *misión*. Este modo de hablar no es ilegítimo. Sin embargo, presenta el inconveniente de insistir unilateralmente en la relación de los laicos con el mundo, en su función, en su utilidad para el apostolado de la Iglesia. De esta manera, se corre el riesgo de considerar a los laicos como simples instrumentos de una gran empresa. Esto no va muy de acuerdo ni con el mensaje del Nuevo Testamento, ni con la actual insistencia, tan frecuentemente reafirmada por el Sumo Pontífice Juan Pablo II, sobre la dignidad de la persona humana.

El hecho de que el Concilio Vaticano II haya elaborado un decreto sobre el *apostolado* de los laicos no significa que el apostolado sea el único punto de vista para definir la posición de los laicos en la Iglesia.

... más, este decreto, deja percibir una distinción entre vocación y misión, cuando se refiere al apostolado de los laicos como derivante de su misma vocación cristiana»;⁷ si el apostolado *deriva* de la vocación, no se confunde con ella.

La vocación es algo más amplio que la misión, porque comprende la llamada a la comunión y una a la misión. La comunión es el aspecto fundamental, destinado a durar siempre.⁸ La misión es una consecuencia de ésta, y está limitada a la existencia terrena.

5. LLAMADOS POR DIOS A UNA COMUNION DE AMOR

Los cristianos están *llamados* (« vocati ») por Dios a una relación personal con El en el amor. En nuestros días, la palabra « vocación » se emplea con frecuencia sin hacer ninguna referencia a la persona que llama. Sin embargo, la Biblia, especialmente el Nuevo Testamento, insiste en la iniciativa de la persona que está en el origen de una vocación. Quien llama es Dios. La dignidad personal de los fieles radica, sobre todo, en el hecho de que cada uno de ellos ha sido llamado por el mismo Dios e invitado a una relación personal con El.

Nuevo Testamento, cuando se dirige a los fieles, designa a Dios como aquél que os ha llamado » (*Gal* 1, 6; *1 Pe* 1, 15; 5, 10) o bien « aquel que os llama » (*1 Tes* 2, 12; 5, 24). Es importante que los fieles laicos reaviven la conciencia de este aspecto de su vocación: Dios ha interesado por cada uno de ellos y ha llamado a cada uno de ellos.

La finalidad de la vocación es personal. Es decir, Dios llama a una relación personal con El. Llama a los fieles laicos « a su luz admirable » (*Pe* 2, 9), « a su eterna gloria » (*1 Cor* 1, 9), a la « santidad » (*Tes* 4, 7; *Rom* 1, 6; *1 Cor* 1, 2).⁹

La llamada procede del Padre, se expresa en mediación de Cristo; bien, comunicando a los creyentes el Espíritu Santo, les hace capaces de corresponder plenamente a la llamada divina. Así la vocación cristiana consiste en participar en la comunión de amor de la Santísima Trinidad.¹⁰

. COMUNION EN LA IGLESIA Y VIDA EN EL MUNDO

Esta vocación, al consistir en una comunión de amor, no puede realizarse individualmente. La llamada que proviene de las Personas divinas pone en relación recíproca a todos los fieles entre sí dentro de la comunión de la Iglesia. La vocación de cada fiel laico se sitúa en tanto en el misterio del amor de Cristo por la Iglesia y comprende, al mismo tiempo, un aspecto personal y otro comunitario que son inseparables.

El amor recibido y vivido en esta vocación tiene necesariamente dos dimensiones: 1) amor de reconocimiento hacia Dios que ha llamado; 2) amor generoso a los demás en unión con Dios que les ama.

En la Iglesia, los ministerios ordenados están al servicio de esta vocación, que los fieles laicos llevan a cabo en el mundo; es decir, en las condiciones de vida ordinarias en las que se encuentra toda persona humana (familia, profesión, compromisos sociales, etc.).¹¹ La vocación cristiana no requiere salir del mundo. S. Pablo hacía « en todas las iglesias » (1 Cor 7, 17), esta recomendación: « cada uno, hermanos, permanezca delante de Dios en aquella condición en la cual se encontraba cuando ha sido llamado » (7, 24). Las enseñanzas doctrinales y espirituales de muchos santos (p. ej. S. Francisco de Sales) han dado actualidad a este mensaje apostólico, que se funda en la presencia del amor divino en toda situación humana.

. PROGRESO EN LA COMUNION CON LA SANTISIMA TRINIDAD

A todos los fieles laicos, para que puedan progresar en la comunión personal con Dios, se les ofrece totalmente la gracia divina, tal como manifiesta en la *creación*, en la *redención* y en la *santificación*.

La participación en la obra de la creación se realiza mediante la procreación y educación de los hijos¹² y, por otro lado, mediante el trabajo donde el hombre puede « desplegar la obra de la Creación »¹³ unirse a El.

La procreación y educación de los hijos asocian al hombre y a la mujer en la paternidad de Aquel « de quien toma el nombre toda

ternidad » (Ef 3, 15).¹⁴ En la familia, por tanto, se manifiesta la dignidad del hombre y de la mujer, y en ella se reconoce una actuación sica de la vida de comunión.

Por otra parte, los fieles laicos tienen una relación especial con la creación, mediante el trabajo que realizan de las más variadas formas. El hombre, creado por Dios, ha recibido la misión de someter la tierra y cuanto en ella se contiene.¹⁵ La participación en la obra de creación se realiza mediante el cumplimiento del deber de trabajar y contribuye a su desarrollo y perfección. El trabajo forma parte del ideal cristiano de vida. Está, por un lado, en relación con la dignidad del hombre quien por medio de su trabajo extiende su poder sobre el mundo. Por otro lado, todos los cristianos deben reconocer en el trabajo una forma esencial del testimoniar el amor recíproco.

En las condiciones actuales del hombre, después del pecado original, la vida familiar y de trabajo han llegado a ser también una ocasión para participar en la obra de la Redención. En efecto, durante la vida pública de Nazareth, la vida familiar y de trabajo han constituido una parte importante de la existencia redentora del Hijo de Dios. Por tanto, la entrega en el amor y la aplicación en el trabajo permiten a los fieles unirse al Redentor.

Pero no solamente la familia y el trabajo, sino también todos los demás aspectos de la existencia humana y, en especial, las pruebas y tribulaciones son, en Cristo, un medio de redención y ofrecen a los fieles preciosas ocasiones de unirse a Él en la obra redentora.¹⁶ Esto es válido particularmente para aquellos fieles laicos que viven en países donde se persigue a la fe cristiana o se la obstaculiza mediante medidas discriminatorias, vejatorias y represivas. En tales circunstancias, los cristianos reciben gracias especiales, no sólo para soportar valientemente esa situación, sino también para gozar de las Bienaventuranzas¹⁷ en unión con la Pasión de Cristo.

Puesto que la redención ha conseguido para los creyentes el don del Espíritu Santo, los fieles laicos están llamados a acoger, en todas las circunstancias de su vida, la acción santificadora del Espíritu de Dios. Su vocación consiste en alcanzar la santidad en toda su conducta;¹⁸ no se trata de una santidad convencional, obtenida mediante separaciones rituales, sino de una santidad de amor y de comunión, según el dinamismo de renovación puesto en acto por el Espíritu de Cristo.¹⁹

. MISIÓN COMUNITARIA Y PERSONAL

Por la unión indisoluble de las dos dimensiones del amor cristiano, la vocación corresponde una *misión*. Se trata del mismo dinamismo al, que tiende a dilatar la comunión eclesial a todo el género humano, según el querer divino, que « quiere la salvación de todos » (1 Tim 2, 4).

La misión consiste en transformar progresivamente el mundo mediante el amor que viene de Dios a través de la fe en Cristo.

La misión ha sido confiada a la Iglesia. Su actuación depende sobre todo de la unión de amor que exista entre los cristianos, que es reflejo de la comunión divina.²⁰ Comunión eclesial y misión están por tanto estrechamente vinculados.

Sin embargo, la misión, lo mismo que la vocación, tiene también aspecto personal. Cada fiel laico tendrá su propia manera personal de actuar la misión de la Iglesia según su situación particular en el mundo: sus dotes humanas, sus carismas, su responsabilidad, las necesidades reales de la Iglesia y del mundo. La misión común se concreta en diversas « misiones », actuadas en modo individual o en grupos, acciones ocasionales o permanentes, de las cuales algunas pueden ser reconocidas como ministerios, sin que por esto las demás se consideren de menor importancia.

La relación directa con el mundo es lo que da a la misión de los fieles laicos su propia especificidad. Sin embargo, no sería correcta una distinción entre ministros ordenados y fieles laicos que reservase a los ministros el servicio de la *comunión* eclesial, y a los fieles laicos el servicio de la *misión* eclesial. La misión de predicar en el mundo con fe y autoridad está confiada a los ministros ordenados, mientras que a los fieles laicos corresponde la tarea de *dar testimonio* de esa fe y de impregnar de fe, esperanza y caridad las relaciones humanas y todas las realidades del mundo. A su vez, el servicio de la comunión eclesial forma parte también de la vocación de los fieles laicos, aunque este servicio se desarrolle de una forma distinta del servicio sacramental, propio de los ministros ordenados.

1. MISION EN EL MUNDO CREADO

Para desarrollar adecuadamente su misión, los fieles laicos necesitan una visión dinámica y equilibrada de las relaciones entre *Iglesia, mundo y Reino de Dios*. Estas relaciones no carecen de complejidad, y requieren por tanto buena capacidad de discernimiento.

Por « mundo » puede entenderse en primer lugar la inmensa realidad de la creación, que es fundamentalmente buena,²¹ porque es obra de Dios. La actitud cristiana frente al mundo creado es una actitud positiva, que recibe con agradecimiento los dones del Creador, se alegra por todos los progresos realizados en el conocimiento y en la conquista humana del universo y contribuye a ella con el propio trabajo. La Iglesia alaba al Creador y proclama la dignidad del hombre, destinado a « gobernar el mundo en santidad y justicia » (*Sab* 9, 3). A través de sus diversas actividades, los fieles laicos participan en este dominio progresivo del hombre sobre el mundo creado, y están especialmente atentos para no alterar su equilibrio con actividades desordenadas o destrucciones irresponsables. Consciente de que « no tenemos aquí ciudad permanente (*Hebr* 13, 14), el Pueblo de Dios no limita su horizonte a la organización material de este mundo, sino que además se compromete en la preparación de la venida definitiva del Reino de Dios, en el que el mundo será transformado.²²

2. MISION EN LA FAMILIA HUMANA

Más concretamente por « mundo » se entiende el mundo humano, es decir, el conjunto de la familia humana. La misión de la Iglesia, « germen e inicio del Reino », ²³ se refiere más directamente a este mundo, y tiene como finalidad hacerle tomar conciencia de su vocación a la comunión con Dios. El mundo humano es objeto del amor redentor. Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él no muera, sino que tenga la vida eterna » (*Jn* 3, 16). Según este dinamismo de amor redentor, la Iglesia no cesa de abrirse al mundo y de entregarse para hacer a todos partícipes de la comunión con el Padre y el Hijo.²⁴ Los fieles laicos llevan al mundo la fe, la esperanza y la caridad de la Iglesia, en vista de la

nida del Reino de Dios, y reconocen con gozo, en el desarrollo social cultural de la humanidad, numerosos signos de apertura a la acción novadora del Espíritu de Dios.

4. MISIÓN Y MISTERIO DEL MAL

Acoger el amor redentor significa también reconocer la existencia del mal en el mundo y la necesidad de un combate espiritual.²⁵ En el mundo humano se manifiesta también « el imperio de las tinieblas » (Mc 22, 53), sometido al « príncipe de este mundo » (Jn 12, 31). La actitud de la Iglesia respecto a « este mundo » no puede ser positiva. La Iglesia no puede ser cómplice de las tinieblas. Es necesario un discernimiento para desenmascarar los falsos valores y denunciar las injusticias, las violaciones de la dignidad humana y lo que se opone a la vocación a la comunión con Dios. Veinte años después del Concilio, la Iglesia debe encontrar una resistencia cada vez más fuerte por parte del mundo para defender los valores cristianos. En muchas partes se ve patentemente cómo la historia humana está marcada hoy por procesos contrarios a la instauración de todas las cosas en Cristo. Los frutos del esfuerzo humano para dominar el mundo aparecen como ambivalentes. En estas circunstancias, la Iglesia es un signo de contradicción porque no acepta los principios mundanos de « este mundo ». El misterio de la cruz marca su existencia.

La experiencia de vida en las modernas sociedades somete a muchos hombres laicos a una tremenda tensión entre valores cristianos y valores mundanos. Derivan de aquí dos tentaciones opuestas: buscar un refugio en formas desencarnadas de religiosidad, que constituyen una alternativa al mundo, o bien renunciar a las exigencias de la fe cristiana para adaptarse a la coexistencia en el mundo.

La fidelidad a Cristo y a la Iglesia exige sin embargo un testimonio claro. La existencia cristiana se debe presentar valientemente como alternativa a los valores de « este mundo »; esto es, en cuanto distintos a los que predominan en el ambiente. No en una perspectiva negativa de cerrazón, sino en una perspectiva estimulante de propuesta siempre abierta.

Según la misión de la Iglesia, los laicos católicos en sincera colaboración con todos los cristianos,²⁶ y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad,²⁷ trabajan con confianza y perseverancia para desarrollar todos los gérmenes de bien que se encuentran en el mundo, contribuyen así a preparar la plena realización del Reino de Dios.

II.

COMUNION Y PARTICIPACION EN LA IGLESIA

1. LA NOVEDAD BAPTISMAL

Injertados vitalmente por medio del Bautismo en el misterio de Cristo, muerto y resucitado, todos los fieles son miembros de su Cuerpo que es la Iglesia.²⁸ En el sacramento del Bautismo, mueren con Cristo por el pecado, esto es, a una vida según el propio arbitrio y, con Cristo, suscitan para no vivir ya más para sí mismos sino para el Señor.²⁹ Informados con el amor del Hijo al Padre, mediante la acción del Espíritu Santo en la fuente bautismal, los fieles se comprometen a permanecer en este amor.³⁰

El Bautismo, que abre el acceso a los demás sacramentos, inaugura para el cristiano una nueva vida, cualitativamente distinta de la vida según el mundo.

Un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo, están en la base de la vida del Pueblo elegido de Dios,³¹ por esto todos sus miembros poseen la idéntica dignidad cristiana.³² El carácter bautismal permite participar al fiel en la vocación y misión de la misma Iglesia, « sacramento para la salvación del mundo ».³³

Todos los fieles tienen derecho a ser educados en esta conciencia, inaugurada por el Bautismo.³⁴

3. CONFIRMACIÓN Y APOSTOLADO

La Confirmación ahonda la eficacia y los efectos del Bautismo. El don del Espíritu Santo reviste al fiel de una fuerza especial, y perfecciona el vínculo de comunión eclesial. Mediante la Confirmación los fieles quedan particularmente fortalecidos en vista de su participación

recta en la misión de la Iglesia. Estos son llamados a dar testimonio de Cristo con las palabras y las obras, y a difundir y defender la fe.³⁵

En la Confirmación, por tanto, se hace más profunda la participación del fiel en la vocación y misión de la Iglesia.

Habiendo sido llamados por medio de los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación a participar, según su propia condición, en la misión de la Iglesia en el mundo, los fieles laicos, en virtud de su misma unión con Cristo Cabeza, tienen el derecho-deber del apostolado.³⁶ Por esto pueden desarrollar la actividad apostólica con iniciativas propias,³⁷ y también fundar y dirigir libremente asociaciones para incrementar la vocación cristiana en el mundo,³⁸ así como también promover estas asociaciones siempre que respeten el deber de la Autoridad eclesiástica de regular el ejercicio de los derechos de los fieles en vista del bien común.³⁹

4. EUCHARISTIA Y PLENITUD DE LA COMUNION ECLESIAL

Investidos de la vocación cristiana, los fieles laicos participan en la Eucaristía acudiendo a la plenitud de la comunión eclesial: en la fracción del pan se realizan como miembros del Cuerpo del Señor y como miembros los unos de los otros.⁴⁰

Solo enraizados en la memoria eucarística del sacrificio de Cristo continuamente orientados hacia ella, los fieles serán capaces de hacer presente y operante en el mundo la nueva vida que proviene de la Eucaristía.

« La carne de Cristo (...) era apenas una semilla de trigo antes de caer en la tierra y morir. Ahora, sin embargo, después de muerto, he aquí que crece en el altar, fructifica en nuestras manos y en nuestros campos y, mientras el grande y rico padrón de la mies sube, lleva consigo hasta los graneros del cielo esta tierra en cuyo seno ha llegado a ser tan grande ». ⁴¹ La memoria eucarística de la Pasión es ineficaz sin la conversión del corazón y sin la remisión de los pecados, que es el primer fruto de la Sangre derramada por el Señor. ⁴² El sacramento de la Eucaristía representa el punto más significativo en el que se concentra la acción divina reconciliadora en favor de los fieles. ⁴³ Si los fieles no participan en esta acción no pueden vivir la Eucaristía como auténtico misterio de la fe, capaz de ser fuente y culmen de su acción apostólica. ⁴⁴

. LA PARTICIPACION EN LOS « TRES MUNERA » DE CRISTO

Los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación hacen a los laicos partícipes en los « tres oficios » de Cristo; El es sacerdote, profeta y rey. En virtud de esta participación, ellos viven la misión profética del Pueblo de Dios.⁴⁵ La participación en los tres oficios de Cristo se lleva a cabo con plenitud gracias a la Eucaristía, en cuanto ésta establece entre todos los miembros del Cuerpo de Cristo, aquel vínculo perfecto de caridad que es el alma de toda acción apostólica.⁴⁶

El *oficio sacerdotal* hace de los bautizados un templo espiritual y un pueblo de sacerdotes.⁴⁷ Los fieles están llamados a la oblación de sí mismos para dar en todas partes testimonio de Cristo. Mediante la oración, los sacramentos, una vida santa y, sobre todo, la caridad, ellos ejercitan el sacerdocio común, que aún siendo distinto en esencia del ministerial, está estrechamente unido con él, en tanto que ambos derivan del único sacerdocio de Cristo. Sacerdocio común y sacerdocio ministerial se articulan según una relación de mutua dependencia, ya que el sacerdocio común continúa subsistiendo en el sacerdocio ministerial, y el sacerdocio ministerial existe y se justifica como un servicio al sacerdocio común.⁴⁸

Por el *oficio profético* el conjunto de todos los fieles, ministros ordenados, religiosos y laicos, poseen el *sensus fidei* mediante el cual « no pueden errar al creer ».⁴⁹ Los fieles laicos en su existencia cotidiana no cesan, por este motivo, de penetrar, cada vez con mayor profundidad, en los misterios de la fe y, allí donde la Providencia les ha llamado a obrar, testifican la fe, anunciando con la palabra y las obras, el Evangelio. En las contradicciones de la época presente testifican con paciencia, no sin sufrimientos y lucha, su esperanza en la gloria.

Cristo lleva a cabo su oficio profético hasta la manifestación plena de la gloria a través de todos los fieles: ya sea mediante la jerarquía que ejerce su *munus docendi* directamente en el nombre y con la potestad de Cristo, ya sea mediante los laicos a quienes constituye en testimonios vivos, dotándoles del sentido de la fe y de la gracia de la palabra.⁵⁰

Mediante el *oficio real* los fieles laicos participan en el movimiento por el que el Resucitado atrae a Sí todas las cosas para someterlas, consigo

al Padre y permitir que Dios sea todo en todos.⁵¹ Por su peculiar
n en el mundo, están llamados a acoger la creación en todo su
a ordenarla a Dios mediante su variada actividad, regida por la
El mundo será de este modo transformado por el Espíritu de
Espíritu de justicia, de caridad y de paz.⁵²

participación en el oficio real propia de todos los fieles y aquella
propia de la perarquía, aunque distintas por esencia en virtud
ecra potestas, están íntimamente correlacionadas. Esto debe favo
r la Iglesia unas relaciones de gran familiaridad entre Pastores

53

MARÍA, MODELO DEL FIEL, Y LA DIGNIDAD DE LA MUJER

ve, porque tú riges a Aquel que todo lo rige;
e, estrella que anuncia el sol;
e, tú que renuevas la creación ».⁵⁴

asintiendo con su « sí » inefable, que llega hasta la Cruz, en la
va salvífica de Dios respecto del hombre, María participa singu
te en los *tria munera* de Cristo.⁵⁵ Acogiendo con perfecta fe la
ación del Hijo de Dios en este mundo, viviendo los misterios de
tencia en continua relación con el Salvador, inclinándose humil
e sobre las cosas de este mundo, ya desde la vida oculta de
h, María es el modelo de todo cristiano.⁵⁶ Su singular vocación
la grandeza de la vida del fiel laico, llamado a participar en la
a redentora mediante la libre y personal adhesión a la gracia.

elemento mariano que caracteriza la vida de todo el Pueblo de
ñala el camino para volver a pensar en el valor de la mujer en
ia y consiente también evitar, dentro de la Iglesia, la desigualdad
mujer sufre en la sociedad. En la comunidad cristiana María
el camino para la afirmación de la igual dignidad del hombre y
mujer en la diversidad de carismas y de servicios. El elemento
o exalta el significado de la feminidad en vez de debilitar la
de la mujer, cuando se intenta abolir toda diferencia y comple
iedad entre hombre y mujer.⁵⁷ No puede olvidarse que María,
del pueblo de Israel, ha llegado a ser el vértice de la santidad
1.

2. EL ESTADO DE VIDA DEL FIEL LAICO

La participación, según un determinado modo, en los tres oficios de Cristo, inaugurada en el Bautismo, acrecentada en la Confirmación y ejercitada plenamente gracias a la Eucaristía, justifica totalmente la vocación y misión eclesiales de cada fiel.⁵⁸

En esta perspectiva, resulta evidente la existencia de un estado de vida que corresponde al cristiano en cuanto tal, constitutivamente ligado al misterio del mismo Cristo y representado emblemáticamente por la persona de María. Como dice S. Pablo, el contenido propio del estado de vida de todo fiel es el *vivir en Cristo*; es decir, el ser cristiano.⁵⁹

El estado de vida del fiel laico coincide así con el del cristiano, porque éste representa el elemento general en la vida del Pueblo de Dios. En éste, el estado del fiel pastor y aquél del fiel religioso se relacionan como condiciones específicas que derivan respectivamente del sacramento del orden y de la consagración a través de los consejos evangélicos.

Objetivamente, esta individuación del estado de vida laical no puede ser como consecuencia ni la marginación ni la clericalización de la figura del laico. A ello se opone la existencia de una multiforme variedad de tareas y de ministerios en el seno del Pueblo de Dios,⁶⁰ que representan indudablemente una gran riqueza, y dan origen a la asunción de determinadas responsabilidades personales dentro del cuerpo eclesial.⁶¹

3. EL FIEL LAICO EN EL MUNDO

La apertura misionaria de la Iglesia existe « para la salvación integral del mundo ».⁶² En esta obra el fiel laico ocupa un puesto privilegiado, que le sitúa esencialmente en la vocación y misión general de la Iglesia.

La índole secular de los fieles laicos les permite realizar en modo particular la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, dando testimonio de su pertenencia a Cristo, mientras tratan los asuntos temporales.⁶³ Ellos, buscando el reino de Dios, se esfuerzan en ordenar las cosas del mundo a Dios y, viviendo en el siglo sus deberes, buscan que brille su fe, esperanza y caridad.⁶⁴

Conscientes de que la relación entre la historia humana y la historia

la salvación se explica solamente a la luz del misterio pascual, los laicos están llamados no sólo a asumir, sino también a defender los valores auténticamente humanos, procurando al mismo tiempo e éstos sean purificados y elevados por la gracia del Espíritu del Señor, en vista de la salvación integral.⁶⁵ En efecto, la misión de la Iglesia no puede reducirse a su aspecto espiritual, ni tampoco, en sentido opuesto a éste, a un aspecto meramente material. Ella, « siendo espiritual, comporta al mismo tiempo la promoción humana bajo el aspecto temporal ». ⁶⁶ De este modo, la distinción, que es necesario establecer en esta misión, entre los aspectos natural y sobrenatural, no es una separación ya que la dualidad no puede transformarse en dualismo.⁶⁷

Por estas razones el fiel laico debe esforzarse en superar la perniciosa separación entre la fe que profesa y la vida cotidiana, dejándose siempre guiar, en lo espiritual y en lo temporal, sólo por la conciencia cristiana.⁶⁸

1. EL ESTADO MATRIMONIAL

El matrimonio tiene una particular importancia en el estado de vida de la mayoría de los laicos.⁶⁹ Este confiere, en efecto, al estado matrimonial un carácter sobrenatural según una forma que no es accesible a los demás estados. Cristo, en efecto, ha llevado a su perfección el matrimonio del Edén, elevándolo a la dignidad de sacramento, según la misteriosa relación entre Cristo y la Iglesia.⁷⁰ El amor entre Cristo y su Iglesia tiene a ser así el punto de referencia del amor matrimonial, que dilata el misterio de la fecundidad natural asumiendo en ella la fecundidad espiritual de la fe, esperanza y caridad.⁷¹

Siendo la familia una iglesia doméstica,⁷² la íntima comunidad de vida y de amor,⁷³ las relaciones conyugales, paternidad y maternidad, filiación y fraternidad, que nacen en ella, deberán ser objeto de la misión de los laicos. La fe cristiana está llamada a impregnar estas relaciones a fin de que puedan, día a día, transformar el estilo de la vida cotidiana y proclamar a todo el mundo la potencia del Reino de Dios y la esperanza de la vida cristiana.⁷⁴

0.) LAS MÚLTIPLES RIQUEZAS DE LOS CARISMAS

Por medio del Espíritu la vida de los fieles en la Iglesia se enriquece continuamente de carismas, ministerios y tareas. El Espíritu Santo distribuye sus carismas « a cada uno como quiere » (1 Cor 12, 11). Se trata de dones particulares, algunas veces extraordinarios, otras muy simples. En la descripción y en la clasificación de estos dones, los textos testamentarios manifiestan muchas diferencias entre ellos.⁷⁵ Sin embargo, la mayor parte parecen señalar que la gracia, que en ellos se expresa, contiene una tarea.⁷⁶

Aquellos que han recibido carismas tienen el derecho-deber de ejercitarlos, sea en la Iglesia que en el mundo, respetando la unidad en la variedad, para el bien de los hombres y la edificación de la Iglesia.⁷⁷ Muchos de ellos son dados también a los laicos. Estos están llamados a ejercitarlos con la libertad del Espíritu que sopla donde quiere (Jn 3, 8).⁷⁸

Los carismas extraordinarios no deben pedirse imprudentemente o con presunción;⁷⁹ y en cualquier caso ningún carisma dispensa de la obediencia a los Pastores de la Iglesia.⁸⁰ En efecto el juicio respecto a la autenticidad de los carismas y sobre su uso dentro de un orden correspondiente a la Autoridad eclesial: a ella « le corresponde no apagar el espíritu », ⁸¹ sino retener lo que es bueno, a fin de que todos los carismas cooperen al bien común.⁸²

1. TAREAS Y MINISTERIOS

Con la acción del Espíritu Santo se conecta también el surgimiento de los ministerios.

En lo que respecta a los ministerios no ordenados, de los que ya había hablado el Concilio,⁸³ los Sumos Pontífices Pablo VI ⁸⁴ y Juan Pablo II ⁸⁵ han profundizado en su estatuto con mayor amplitud, tanto desde el punto de vista doctrinal como pastoral. Han enseñado, en particular, que los ministerios no ordenados se confían a los fieles laicos para que los ejerciten en vista de una mayor vitalidad de la comunidad eclesial.⁸⁶

Al individuar y coordinar los ministerios no ordenados, no se debe olvidar que los fieles laicos están injertados particularmente en el mundo. Al respecto a su índole secular, también desde este punto de vista, debe evitarse el grave riesgo de la clericalización de los laicos.⁸⁷

2. NECESIDAD DE UNA CLARIFICACION DE LOS MINISTERIOS NO ORDENADOS

Existe sin embargo una situación de hecho en el ejercicio de estos ministerios confiados a los laicos que requiere meditadas precisiones. Parece necesario definir la diferencia entre las tareas que asumen únicamente los laicos y los ministerios ordenados. Esto será posible solo después de haber delineado la identidad del ministerio eclesial confiado a los laicos en sus contenidos esenciales y característicos.

Será también necesario, teniendo en cuenta la normativa establecida en el Código de Derecho Canónico, abordar una serie de cuestiones considerable cierta entidad, como por ejemplo:

- cuál es la instancia que autoriza la creación de tales ministerios en la Iglesia;
- cuál debe ser la modalidad de asunción de los laicos a los ministerios no ordenados (¿con rito litúrgico o con un simple acto de naturaleza jurídica?);
- cuál debe ser la duración y modalidad de cesación en tales ministerios.

3. COMUNIÓN Y CORRESPONSABILIDAD DE LOS TRES ESTADOS DE VIDA CRISTIANA

La relación entre los tres estados de vida si se exceptúa, según la doctrina del Concilio de Trento,⁸⁸ la preeminencia del estado de virginidad y celibato, presenta una cierta circularidad. Se puede decir que, en cierto sentido, al estado de vida laical se ordenan los otros dos; pero debe reconocerse, que desde otros puntos de vista, al estado presbiteral y al religioso están a su vez ordenados también los otros dos.

En efecto, los estados de vida reciben su profundo significado cuando se relacionan con la perfección del amor, meta común a todos los fieles. Por esto existen el uno para el otro.

Bajo este aspecto cada estado de vida realiza plenamente algo que es esencial también para los otros dos. El estado presbiteral representa la permanente garantía de la presencia sacramental de la redención cristiana en todo tiempo y lugar. El estado religioso testimonia la exigencia absoluta intrínseca al « deber ser » del cristiano, y que urge a cada

l a hacer coincidir lo mejor posible el « ser » con el « deber ser ». estado laical conduce finalmente, a la santificación de todas las condiciones humanas en la comunión con la Trinidad.

Esta circularidad de comunión es el adecuado fundamento de la mútua edificación y de la común corresponsabilidad eclesial de los diversos estados de vida, con el objeto de que, ordenadamente y con las debidas distinciones, todos testifiquen visiblemente la caridad de Cristo y la santidad de Dios: « la voluntad de Dios es ésta, vuestra santificación » (1 Tes 4, 3). Delante de Dios, en efecto, el grado de santidad no depende del estado de vida, sino de la perfección en la caridad.

TERCERA PARTE

TESTIGOS DE CRISTO EN EL MUNDO

I.

LA VIDA SEGUN EL ESPIRITU

DISCIPULOS DE CRISTO

1. UNIDAD DE VIDA

Al poner las bases de un nuevo impulso de los laicos en la misión eclesial, las respuestas a los *Lineamenta* han puesto de relieve la necesidad de superar la separación entre fe y vida cotidiana.

La reflexión de la VII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos se encamina hacia la determinación de aquellos caminos que deberán recorrerse a fin de que cada fiel laico sepa insertar, en una síntesis cristiana, todas las realidades de su existencia cotidiana.⁸⁹ Sólo de esta manera el cristiano podrá indicar a los demás los senderos por los que se llega a la verdadera liberación y a la verdadera paz.

Este testimonio de los fieles se actúa en una pluralidad de formas, personales y comunitarias, suscitadas por el Espíritu, en las condiciones habituales de vida.

2. LA LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD

Como lo ha enseñado el Concilio Vaticano II la llamada universal a la santidad en la caridad debe estar en el corazón de la vida espiritual de cada fiel.⁹⁰ Tal llamada exige superar el divorcio entre fe y vida. En efecto, la plenitud de la caridad implica la totalidad. Ningún aspecto de

vida cotidiana puede por lo tanto ser ajeno a su dinamismo, que tiende a la gloria de la Trinidad y al bien de todos los hombres.

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios —que se hizo hombre por amor de los hombres— revela que en la vida de Jesús nada fue ajeno a su misión salvífica. Cada aspecto de su existencia —por ejemplo, su vida familiar, su trabajo en el pueblito de Nazareth—, ha tenido un significado redentor. Por tanto, la vida de los fieles laicos debe ser vivida en el designio de salvación del Padre que se cumple por medio del Espíritu.

6. LA « SEQUELA CHRISTI »

Se manifiesta entonces la exigencia de una novedad de vida. Ya no es posible vivir en el mundo como quienes no han conocido al Señor.⁹¹ Quien le ha conocido debe procurar comportarse como Él.⁹² Y Cristo ha llevado a cabo la obra redentora mediante la sumisión amorosa a la voluntad del Padre, « haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz » (*Fil 2, 8*). Por esto ofreció aquel sacrificio por el que todos nosotros hemos sido santificados.⁹³

Comportarse, por tanto, como Cristo —seguir a Jesús— exige por parte de cada fiel laico, en primer lugar el abandono, por amor al Padre, de cualquier tipo de relación pecaminosa con el mundo. Requiere además, vivir la propia existencia con espíritu de obediencia al designio de salvación del Padre en Cristo.⁹⁴

7. LA NECESIDAD DEL DISCERNIMIENTO

En cada etapa de la historia el plan de salvación se realiza con características diferentes. Estas manifiestan las necesidades de la familia humana en estos los signos de los tiempos. Para el discípulo de Cristo, los signos de los tiempos no consisten en una mera mutación de las condiciones históricas; y las nuevas costumbres no pueden constituir para él la norma de vida. El cristiano busca en las nuevas circunstancias, llamadas precisas de Dios que invita a una respuesta cristiana más concreta.

En consecuencia el fiel laico no puede cerrarse en una búsqueda individualista de Dios, sino que debe comprometerse en dar una respuesta a las necesidades actuales del mundo: « quien no ama al propio hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve » (1 Jn 4, 20). La vida espiritual del cristiano, para ser auténtica, debe saber discernir en la fe la voz de Cristo que llama también en las aspiraciones y en las expectativas de los hombres de hoy. Sensible y solidario a las necesidades del hombre,⁹⁵ el cristiano estará siempre dispuesto a responder, buscando nuevas o antiguas soluciones a los problemas.

7. UN ESTILO DE VIDA SEGUN LAS BIENAVENTURANZAS

El servicio cristiano a los demás reclama el don de sí mismo en la existencia diaria. Puesto que « El ha dado su vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos » (1 Jn 3, 16). Esta actitud fundamental se traduce en un estilo de vida según las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús, que expresan la perfección del amor angélico.⁹⁶

Los fieles laicos siguen a Jesús pobre. Por esto no se abaten cuando faltan los bienes temporales, ni se enorgullecen cuando los poseen en abundancia. Buscan incansablemente la justicia del Reino de Dios, condición de una verdadera paz entre los hombres. Por la justicia, aceptan también padecer persecuciones, renunciando a todo tipo de violencia. Encuentran en la pasión de Cristo la fuerza para superar las pruebas de la existencia, y en la resurrección una fuente inagotable de alegría y de esperanza.⁹⁷

CRECIMIENTO EN LA VIDA DE LA GRACIA

8. CONVERSION CONTINUA

Así como el Reino de Dios se asemeja a una simiente pequeña que crece gradualmente hasta ser un árbol grande capaz de acoger a los pájaros del cielo,⁹⁸ así también el crecimiento de la caridad en el cristiano abraza gradualmente todas las dimensiones de la existencia humana, poniéndolas al servicio de Dios y de los hombres. De esta manera, la con-

rsión cristiana actuada en el Bautismo, no es un hecho aislado del sado, sino una continua instancia de ruptura con el mal y de progreso la adhesión a Cristo.

No pueden ser identificadas inmediatamente todas las tendencias te, en el corazón humano, se oponen al Reino de Cristo. Es necesaria la obra paciente de continuo discernimiento, de conversión y de lucha. Por otra parte, la caridad debe alcanzar toda su consistencia gracias a la constante apertura a los dones del Espíritu, y al desarrollo auténtico de las virtudes cristianas.

1. LA PALABRA DE DIOS

Mediante la Palabra de Dios, proclamada en la Liturgia de la Iglesia meditada personalmente, el Padre que está en los cielos entra en consagración con sus hijos⁹⁹ y da a conocer al corazón del hombre el misterio de su voluntad salvífica. De este modo se ponen en evidencia aquellos aspectos de la vida personal que requieren la conversión y se abren amplios horizontes para transformar el mundo.

La Palabra de Dios es « fuente pura e inagotable de la vida espiritual ».¹⁰⁰ Su mensaje, siempre actual, ilumina los sucesos de la historia humana predisponiendo la mente y el corazón del hombre a recibir nueva luz del Espíritu Santo, que ilumina su destino personal y la historia de la humanidad. Los fieles laicos además, meditando la Palabra de Dios aprenden a juzgar rectamente acerca del sentido auténtico y del valor de las realidades temporales.¹⁰¹ La familiaridad creciente de los fieles laicos con la Palabra de Dios representa, por tanto, un elemento insustituible de su vida espiritual.

2. LA EUCHARISTIA

« Fuente y culmen de toda la vida cristiana »,¹⁰² el Sacrificio eucarístico debe ocupar el lugar central en la existencia de todo fiel laico. El fiel participa en ella activamente, ya sea en la celebración, ya sea en la vida cotidiana, ofreciendo a Dios Padre toda su jornada terrena en unión de caridad con el Sacrificio de Cristo.

En la Eucaristía, Cristo Jesús propone a los fieles el modelo perfecto de caridad y comunica la salvación dándose a Sí mismo como alimento

vida eterna. La Eucaristía aleja así del egoísmo y empuja a vivir la comunión como criterio de toda actividad.

La vida ordinaria de los fieles laicos adquiere un auténtico significado cristiano sólo en la adhesión al Sacrificio eucarístico; y allí alcanza su plenitud porque en la Eucaristía Cristo une al propio ofrecimiento todo bueno que hayan realizado los miembros de su Cuerpo.¹⁰³

2. LA ORACIÓN COMUNITARIA Y PERSONAL

La oración, comunitaria y personal, es indispensable para la santificación del cristiano.¹⁰⁴ En ella se actúa la esperanza de quien se dirige a la Trinidad como a la fuente de todo bien, para pedir los auxilios espirituales y materiales que necesita, y para agradecer sus continuos beneficios.

El cristiano, al rezar, debe ensimismarse en la oración de Jesucristo, porque solo « por medio de El podemos presentarnos, unos y otros, al Padre en un solo Espíritu » (Ef 2, 18). En esta unión con Cristo podrá el cristiano dirigirse al Padre con la sinceridad y confianza del que se cree hijo de Dios. Siguiendo el ejemplo de Cristo, que en la oración ofreció toda su existencia al plan de salvación, los fieles se ofrecen al Padre a fin de que su designio se realice en las circunstancias personales y comunitarias de su existencia. Piden también la gracia y la fuerza del Espíritu para que la voluntad del Padre se cumpla en ellos.

3. LA RECONCILIACION SACRAMENTAL

Como el Pueblo de Dios en la tierra permanece « afectado por el pecado en sus miembros », ¹⁰⁵ los fieles para poderse convertir deben confesar con corazón contrito sus pecados en el sacramento de la Penitencia.¹⁰⁶

Tal sacramento es, además, un motivo de esperanza hasta el último día de la existencia sobre la tierra,¹⁰⁷ porque Dios Padre vuelve al encuentro del Hijo perdido y lo restablece en su primitiva dignidad.¹⁰⁸ El cris-

tiano puede recomenzar a vivir su vocación con una conciencia más profunda de su debilidad personal y de la misericordia divina.

h. LA ASCESIS CRISTIANA

La respuesta positiva a la llamada de Dios debe confirmarse en las obras que realiza cada día, porque « no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo » (Mt 7, 21).

Por esto los fieles laicos deben practicar en su vida una ascesis paciente,¹⁰⁹ avanzando con la ayuda del Espíritu « por el camino de la vida, que enciende la esperanza y obra por la caridad ».¹¹⁰

Su lucha ascética debe dirigirse también a los aspectos sociales de la vida cotidiana, corrigiendo los defectos que obstaculizan la paz familiar y alimentando el espíritu de colaboración en el trabajo y la disponibilidad para servir a la comunidad eclesial y civil. Para esto tienen también importancia las virtudes que se refieren a las relaciones sociales, como la prudencia, la probidad, el espíritu de justicia, la sinceridad, la modestia, la fortaleza.¹¹¹

i. MARIA, MADRE DE LA VIDA ESPIRITUAL

El modelo perfecto de toda la vida espiritual es, dependiendo de sí misma, la Santísima Virgen María, « que, mientras vivió en este mundo, llevó una vida igual a la de los demás, llena de familiar solicitud y de trabajos, siempre unida íntimamente con su Hijo, cooperando en forma singular a la obra del Salvador ».¹¹² Por tanto, escuchando y meditando la Palabra de Dios, en la participación en la Eucaristía, en la oración, en la penitencia y en el combate espiritual, los fieles laicos deben acudir a la protección, porque « con su materno amor cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se hallan todavía, entre peligros y angustias, hasta que sean llevados a la patria feliz ».¹¹³

II. LOS SUJETOS DE LA MISION

LA PARTICIPACION DE TODOS LOS FIELES EN LA MISION DE LA IGLESIA

1. LA IGLESIA EN ESTADO DE MISION

Por su naturaleza toda la Iglesia es misionera. Además, la tarea misionera es hoy tan amplia y decisiva que requiere la participación de todos los fieles. Todos están llamados por tanto a cooperar, renovando el vínculo de comunión y el afán apostólico, « a la dilatación y el incremento del Reino de Cristo en el mundo ».¹¹⁴

En relación con esto, ha habido frutos evidentes en las antiguas y las jóvenes Iglesias que han acogido y actuado las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Se ha hecho más profunda la conciencia eclesial de la unidad cristiana, y también la responsabilidad apostólica de los fieles laicos. Su consciente participación en la misión de la Iglesia es hoy una realidad creciente y multiforme.

Sin embargo, en muchas Iglesias son todavía pocos los fieles laicos conscientes de su dignidad y, sobre todo, los que en los diversos campos de su existencia cotidiana emprenden una acción misionera. Muchos de ellos tienen una actitud pasiva y reducen su vida cristiana a momentos esporádicos. No se debe olvidar tampoco un cierto « clericalismo » que a veces se hace cómplice de este estado de cosas.

Poner a toda la Iglesia en « estado de misión » exige un entusiasmo por la nueva evangelización que sea capaz de contagiar a todos los bautizados.

2. EVANGELIZACION E INCULTURACION

Diez años después de la conclusión del Concilio Vaticano II, la *Evangelii Nuntiandi*, como conclusión de la tercera Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, definía con fuerza la naturaleza de la acción misionera. Esta consiste en la evangelización, la cual expresa la profunda identidad de la misma Iglesia.¹¹⁵ Llevar la Buena Nueva a todos

estratos de la humanidad transformando los criterios de juicio, los valores determinantes, los intereses, las líneas de pensamiento y los modelos de vida, significa abrir al hombre y al mundo el acceso a la salvación integral.

Veinte años después del Concilio, la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo, profundizó en la dinámica de la « inculturación » del Evangelio. En virtud del principio de la comunión, capaz de unir la diversidad en unidad, la Iglesia, sin fáciles adaptaciones exteriores, es capaz de acoger con profundidad aquellos elementos positivos que encuentra en cada cultura, los asimila y los integra en el cristianismo, radicándolo así en las diversas culturas.¹¹⁶

Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio se entrelazan en la tarea misionaria de la Iglesia y la involucran concretamente en la construcción de una civilización de la verdad y del amor.

3. ESPERANZAS PARA LA MISIÓN

En el marco de la participación de todos los fieles en la misión de la Iglesia, la Segunda Asamblea Extraordinaria ha querido poner en primer plano a los jóvenes y a las mujeres.

Los jóvenes, que necesitan significados radicales y grandes ideales, presentan una fuerza viva para la misión de la Iglesia. En una época en la que cada vez encuentran mayores dificultades —en el mundo del trabajo a causa de la desocupación, en las escuelas por la escasez de maestros— y la falta de criterios seguros de verdad— y están siendo influenciados por el conformismo hedonista o por viejas ideologías, la Iglesia les invita a recoger y continuar dinámicamente la herencia del Concilio. Desde las puertas del año 2000, la participación creciente de los jóvenes en la misión de la Iglesia —en grupos, comunidades, movimientos— es un signo de esperanza para todo el Pueblo de Dios.

La Iglesia ha manifestado siempre un gran amor y un profundo respeto por los niños, siguiendo las enseñanzas del mismo Cristo. Ellos tienen derecho a un ambiente familiar, social y eclesial que les permita crecer no sólo en edad, sino también en sabiduría y en gracia.¹¹⁷ Son portadores de profundos valores de vida para la misión de la Iglesia y para la construcción de un mundo más humano.

También la participación de la mujer en la vida y en la misión de la Iglesia es a menudo más amplia y comprometida que la de los hombres. La Iglesia quiere evitar cualquier tipo de discriminación en lo que concierne a la dignidad de todos los fieles laicos —hombres y mujeres—, promoviendo la comunión en la propia misión. Reconocer y promover los dones y la responsabilidad de las mujeres para que participen más ampliamente en la acción de la Iglesia en las diversas tareas de apostolado,¹¹⁸ reviste una urgencia particular para el entero cuerpo eclesial.

1. LOS POBRES EN LA MISION DE LA IGLESIA

La Iglesia, que es y quiere ser cada vez más la casa y la familia de Dios abierta a todos, acoge a los pobres con amor preferencial. Cada vez se hace más consciente de su misión de servicio a los pobres, según el verdadero espíritu del Evangelio y en el escuchar el clamor de millones de hombres necesitados y en espera de una auténtica liberación. Hace copias en modo especial las alegrías y las tristezas, las angustias y las esperanzas de todos estos hombres.¹¹⁹ Siente estar unida a ellos a través de fuertes vínculos de comunión y solidaridad. Aquellos que sufren la pobreza y el hambre, los oprimidos, los abandonados, los marginados, los que están afectados de enfermedades físicas o psíquicas, participan de un modo especial en la cruz de Cristo, y por tanto en la misión de la Iglesia.¹²⁰

LAS ACTITUDES DEL FIEL EN LA TAREA MISIONAL

1. ACTITUDES NECESARIAS

La participación de los fieles laicos en la tarea misional de la Iglesia está caracterizada por algunas actitudes que son esenciales a la conciencia y a la praxis cristiana. Allí donde está en juego la vida del hombre y el

stino de los pueblos el cristiano, sin ellas, se ve imposibilitado de dar testimonio eficaz y fecundo de su propia identidad. Representan una condición indispensable para que el laico pueda promover, en cada situación humana, aquel proceso de inculturación de la fe que por su índole particular está llamado a realizar con un empeño particular.

. EL COMPARTIR Y LA SOLIDARIDAD

No hay nada genuinamente humano que no encuentre eco en el razón de los cristianos.¹²¹ La actitud de amor hacia cada hombre, compartir la vida de cada ambiente humano, el enraizamiento en cada cultura, pasión por el destino del propio pueblo, la solidaridad humana más allá de las fronteras, son signos que cualifican la presencia cristiana. El hombre es, en efecto, el camino de la Iglesia « siempre »;¹²² en la diversidad de situaciones, en las necesidades y en las expectativas profundas, la búsqueda y en el descubrimiento del sentido de la propia vida, en la ansia de verdad, de justicia, de paz y de felicidad.

!. JUZGAR CRISTIANAMENTE LA VIDA

Estar presentes en todo lo que es auténticamente humano requiere capacidad de juzgar todos los acontecimientos de la vida a la luz de la fe en Cristo. El revela el hombre al hombre, le manifiesta su vocación, dignidad, su bondad.¹²³ Cristo es la clave de toda la experiencia humana.

El juicio cristiano de la realidad educa en el discernimiento de los signos de verdad, de bondad y de belleza presentes en cada situación humana. La presencia cristiana debe asumirlos y elevarlos. Al mismo tiempo, el juicio cristiano denuncia toda forma de opresión, de manipu-

ción, de alienación. Hace conscientes a los hombres de que el pecado es la raíz de toda división y de toda esclavitud, y urge a los fieles laicos comprometerse en una praxis de liberación cristiana.¹²⁴

4. DAR TESTIMONIO CON FRANQUEZA

El anuncio y el testimonio de la Buena Nueva exigen a los cristianos una actitud de franqueza.¹²⁵ Donde quiera que vivan deben manifestar, con las palabras y con el ejemplo, al hombre nuevo del que han sido vestidos en el Bautismo, y los dones del Espíritu Santo que han recibido en la Confirmación.¹²⁶

A menudo esta franqueza dota al testimonio cristiano de un particular atractivo, que llama la atención por la gran humanidad con la que los fieles dan « razón de la esperanza » (1 Pe 3, 15) que está en ellos.

5. CONSTRUIR CON REALISMO CRISTIANO

El fiel laico se empeñará, allí donde le ha colocado la Providencia, a ordenar y transformar el mundo según los valores del Reino de Cristo. Tardará en primera línea en la construcción de un mundo más justo, en el que reine la paz y la solidaridad. Al mismo tiempo, no debe olvidar la fragilidad constitutiva ni la ambivalencia que está siempre presente en toda realización humana. Con realismo cristiano tenderá a la eficacia histórica con la certeza de que todo bien hecho al hombre será recapitulado en Cristo. Esta auténtica « pobreza de espíritu » le convertirá en portador de esperanza activa, más allá de cualquier « utopía ». El Señor de la historia, en efecto, manifestará « los cielos nuevos y la tierra nueva » en la definitiva liberación que ya operan entre los hombres.¹²⁷

6. CON EL ESTILO DEL DIALOGO

La comunión de los cristianos en todos los ambientes en los que viven —ciudad, escuela, oficina, fábrica, hospital ...— hace presente a la Iglesia que dialoga con todo el que encuentra.¹²⁸ Este diálogo hará que los fieles laicos estén atentos especialmente al deber ecuménico. La tarea

ra restablecer la unidad entre los cristianos, en efecto, corresponde a los fieles laicos y a cada uno, según la propia capacidad. En los ambientes en que los fieles laicos están llamados a manifestarse, harán referencia al común patrimonio evangélico, conscientes de que el deber del testimonio exige frecuentemente la colaboración entre los cristianos.¹²⁹

Después en su actuación misionaria, el fiel laico será consciente de que las religiones no cristianas poseen un patrimonio espiritual de gran importancia sobre el que debe apoyarse el mensaje evangélico. Un testimonio auténtico de vida sabe valorar el sentido religioso presente en los ambientes de los creyentes sin renunciar a las exigencias del Evangelio.¹³⁰

Finalmente dialogando con aquellos que parecen indiferentes a Dios que se han alejado de El, los fieles laicos deben dar testimonio de que las cuestiones esenciales de la existencia humana (el sentido de la vida, la muerte, del sufrimiento y del trabajo, de la alegría y del amor ...) exigen una visión integral del bien del hombre. Y ésta sólo en Dios puede encontrar su fundamento.¹³¹

Con los cristianos de otras confesiones y con los hombres de rectitud y de buena voluntad, los fieles laicos deben colaborar todas las veces que sea posible y sin compromisos ideológicos, para construir formas de vida más dignas del hombre.¹³²

EN COMUNION PARA LA MISION

3. LOS LAICOS Y LA MISION DE LA IGLESIA PARTICULAR

Los fieles laicos viven su incorporación a la Iglesia única y universal en las « iglesias particulares » que hacen presente a la « Catholica » en los diversos lugares.¹³³ La corresponsabilidad de los fieles laicos al participar en las necesidades y programas pastorales de la diócesis les ha involucrado en sus necesidades misionales. La dimensión misionaria, vida concretamente, ha hecho madurar relaciones más familiares en el ámbito de la comunidad y de manera particular con los Pastores. Cuando asentada la específica responsabilidad pastoral de los ministros

denados, los fieles laicos hoy participan más activamente en los procesos de decisión en la vida de la Iglesia.

Los Consejos pastorales han ayudado institucionalmente a favorecer encauzar esta renovada dinámica comunitaria de diálogo y colaboración entre los fieles. Por recomendación del mismo Concilio,¹³⁴ es de esperar que su creación y actividad se generalice más en las Iglesias particulares. Para estar al servicio de la comunión y de la misión de todos los fieles bien, en muchos casos, superar algunos obstáculos que, de modo general, han caracterizado esta primera fase de existencia: excesivo peso dado a los aspectos organizativos y burocráticos en perjuicio de la perspectiva misional; fuertes tensiones ligadas a las cuestiones de « representación » dentro de la iglesia particular; continua oscilación entre « clericalismo » y « democratismo ».

Merecen especial atención las experiencias de una más amplia participación de los fieles laicos en la vida de las iglesias particulares, en las asambleas diocesanas o nacionales, o con ocasión de Sínodos.

7. LOS LAICOS Y LA MISIÓN DE LA PARROQUIA

La parroquia continúa siendo el lugar ordinario de participación de los fieles laicos en la vida y misión de la Iglesia. En las parroquias discuten y viven permanentemente su condición de Pueblo de Dios, participan en los misterios divinos mediante la renovada vida litúrgica y sacramental.¹³⁵

En los últimos veinte años, después de la institución, promovida por el Concilio Vaticano II, del consejo pastoral parroquial ha seguido en las parroquias un florecimiento de iniciativas que ha estimulado la dimensión misional de la tarea de los fieles laicos: la animación litúrgica comunitaria; los diversos tipos de catequesis (catequesis pre-sacramental, catequesis de niños, de jóvenes, familiar, rito de iniciación cristiana para adultos ...); las experiencias caritativas, de promoción humana en el ámbito del territorio; grupos de cooperación misional, y otras actividades.

Sin embargo, en muchos lugares un gran número de fieles se limitan a una presencia pasiva en la liturgia y en los sacramentos, y las parroquias no consiguen llegar a la consolidación de un verdadero tejido comunitario, capaz de un auténtico empuje misional.

Las necesidades de relaciones personales y comunitarias más intensas entre los fieles, y de una participación capilar en la vida y misión de la Iglesia han dado origen a muchas experiencias de « pequeñas comunidades cristianas » o de « comunidades eclesiales de base ». A veces éstas, en las grandes parroquias, o en zonas de alta concentración popular donde la presencia institucional de la Iglesia es todavía frágil o está en sus comienzos, han favorecido una actuación de la misión más acorde con las necesidades de las personas. Los criterios eclesiales de discernimiento relativos a este nuevo modo de « comunión y participación » de los fieles en la edificación de la Iglesia han sido enunciados en diversas ocasiones por el Magisterio.¹³⁶

En este contexto, no puede olvidarse la obra insustituible de los catequistas en la evangelización inicial y permanente en diversos países. Con competencia y dedicación alcanzan un doble objetivo: hacer madurar a la fe y ser intermediarios entre el pueblo y los sacerdotes. Los más próximos a los otros hermanos laicos les dan una idea cercana de la Iglesia. Les ofrecen además un modelo para imitar al mostrarles que el empeño en la fe y los sacrificios para difundirla son posibles a los laicos y no sólo a los sacerdotes y religiosos.¹³⁷

5. LOS LAICOS Y LA MISION DE LOS INSTITUTOS CATOLICOS DE ENSEÑANZA

No puede ignorarse la actividad y el servicio de las instituciones educativas católicas —de diversos grados y niveles— para la formación intelectual de nuevas generaciones de fieles en la comunión y misión de la Iglesia. En colaboración con las familias e instituciones, están llamados a ser auténticas comunidades educadoras. En ellas, los padres, profesores y estudiantes colaboran en la afirmación e irradiación de la identidad católica, no sólo en la enseñanza de la religión, sino en todo su planteamiento cultural y comunitario.¹³⁸

1. LAICOS, ASOCIACIONES Y MOVIMIENTOS

Las diversas formas asociativas —confraternidades, terceras órdenes, acción católica, organizaciones internacionales católicas, movimientos y grupos— son preciosas modalidades eclesiales de promoción y realización de la dignidad bautismal y de la responsabilidad apostólica de los fieles laicos. En la variedad de sus carismas, de su pedagogía cristiana, de sus obras apostólicas, alimentan y manifiestan energías vivas y corrientes de santidad entre los « christifideles ». Son lugares de conversión y de formación cristiana. Se manifiestan muy oportunas y eficaces para la misión en ambientes y esferas de actividad social que a menudo quedan lejos de las posibilidades de la parroquia y bajo el influjo de fuertes tendencias secularizantes.

En nuestros días se puede hablar de una nueva etapa asociativa de los fieles, después de la crisis que sufrió al final de los años 60. Mientras que algunas formas tradicionales parecen perder fuerza actualmente y otras han pasado por un período de « puesta al día » siguiendo las directrices de renovación dadas por el Concilio, han ido surgiendo diversos grupos, comunidades y movimientos que se difunden con notable vigor.

La novedad y variedad del actual período asociativo de los fieles requiere un discernimiento eclesial que sea al mismo tiempo sabio y preciso. No puede ignorarse el derecho a la libertad de asociación reconocido ampliamente por el Concilio Vaticano II¹³⁹ y regulado por el Código de Derecho Canónico.¹⁴⁰ El Concilio ha recomendado además la promoción de estas formas asociativas.¹⁴¹ Sin embargo, es competencia de los Obispos, en comunión con el Papa, ejercitar esta delicada tarea de discernimiento de los dones carismáticos que el Espíritu otorga a los fieles y que a veces suscitan formas asociativas e iniciativas apostólicas.¹⁴²

2. CRITERIOS DE ECLESIALIDAD

Se siente la urgencia de precisar los criterios que orienten la maduración eclesial de las variadas formas asociativas y al mismo tiempo permitan a los Pastores de llevar a cabo el debido discernimiento.

Estos criterios de eclesialidad comprenden esencialmente la comunión con el Papa y con los Obispos, la fidelidad al Magisterio de la Iglesia, la participación en la misión eclesial. Un elemento importante para la valoración de la bondad de tales formas asociativas son los frutos: caridad, de santidad, de afán apostólico, de dedicación y de servicio eclesial, así como la formación cristiana relativa a las tareas vocacionales de los miembros.

Es muy viva también, la preocupación por incrementar los vínculos de comunión y de participación de las asociaciones de fieles en las iglesias particulares, bajo la guía de los Obispos y en comunión con el Papa, respecto a los programas e instituciones de la diócesis y en la dinámica propia de « inculturación » en las realidades locales.

Sin necesidad de forzar ni sofocar los carismas propios de las diversas formas asociativas, su diversidad de pedagogías, la peculiaridad de sus formas y, en algunos casos, su naturaleza internacional —recomendada por el Concilio—,¹⁴³ los Pastores tienen el deber de promover la comunión, alentando la aportación de todos al bien común.

Finalmente, es necesario superar cualquier postura de rivalidad y de conflicto, de « monopolio » y de « exclusión » en el seno de la comunidad cristiana, favoreciendo en nombre del principio de comunión la unidad en la pluriformidad. Todos, en efecto, están llamados a la única misión de la Iglesia.

III. CONSAGRADOS PARA LA MISIÓN

Se debe también destacar, la original contribución de los Institutos seculares en la misión de la Iglesia. En efecto, la llamada que se dirige a sus miembros —laicos— para que se consagren a Dios de un modo particular según los consejos evangélicos, les hace testigos en el mundo del radicalismo evangélico. Sus diversas formas de vida y de presencia cristiana en la sociedad contemporánea son un signo de la respuesta generosa de los fieles laicos a la vocación común de perfección en la caridad. Viviendo en el mundo su total consagración a Dios, los laicos que son miembros de los Institutos Seculares tienden a realizar ejemplarmente la dimensión escatológica de la vocación cristiana. Su testimonio de la no-

dad de Cristo en medio del mundo es, para todos los laicos, una llamada a reconocer y a asumir la tensión del « estar en el mundo » sin « ser del mundo ». Gracias a la disponibilidad personal, propia de su estado de vida, y a la formación de la que gozan, muchos miembros de los Institutos Seculares contribuyen válidamente al crecimiento humano y cristiano de otros muchos fieles laicos asumiendo, juntamente con ellos, importantes responsabilidades en el seno de las comunidades cristianas.

El tema merece una particular profundización. No es posible ignorar, por otra parte, que cada vez son más numerosos los laicos que se comprometen según el radicalismo de los consejos evangélicos, pero que no sienten llamados a constituir o a entrar en un Instituto Secular. La vida actual de la Iglesia es muy rica en nuevas formas de vida consagrada laical; don que el Espíritu Santo ofrece a la Iglesia y al mundo nuestro tiempo.

III.

CAMPOS DE LA MISION DEL FIEL

1. CRITERIOS PARA UNA PRESENCIA RENOVADA

Los fieles laicos están llamados hoy a vivir en ambientes que frecuentemente están muy secularizados, han de asumir responsabilidades en situaciones o en asuntos de « frontera », o bien han de colaborar con hombres de cualquier convicción. Por todos estos motivos es necesario que su experiencia de pertenencia viva a la Iglesia no cese una vez asumida una determinada responsabilidad en el orden temporal y que se mantenga continuamente en la comunión fraterna. Para esto es necesario promover en las comunidades cristianas un clima más sensible y atento para acoger, escuchar, consultar, comprender a los fieles laicos comprometidos en los diversos ámbitos temporales.

La comunión cristiana, por su naturaleza, tiende a incidir en todos los ámbitos con la presencia apostólica de los fieles laicos en lo temporal. Por tanto, las legítimas divergencias que pueden implicar en la acción social una pluralidad de elecciones concretas, serán orientadas al bien común y buscarán evitar que se paralicen los esfuerzos de colaboración.¹⁴⁴ En cualquier caso, la doctrina social de la Iglesia, oportunamente estudiada y sólidamente anclada en una antropología integral, ofrece contenidos importantes para juzgar y orientar la acción en lo temporal.¹⁴⁵

La riqueza de la doctrina social no ofrece modelos políticos y soluciones técnicas que sean deducibles mecánicamente del Evangelio. La Iglesia —a cuya tarea evangelizadora pertenece la promoción humana— no vincula su misión a ninguna estrategia temporal de defensa o conquista del poder político. Corresponde a los laicos, iluminados por la fe y educados en la doctrina social, crear nuevas vías para la solidaridad, la realización de la dignidad y el desarrollo integral de los hombres y de los pueblos.

b. PRESENCIA EN EL MUNDO

Refiriéndose al « campo propio » y a la manera singular de evangelización » de los fieles laicos, la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* hablaba del « vasto y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los instrumentos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento ».¹⁴⁶ Ningún ambiente ni actividad humana puede quedar al margen de la presencia cristiana. Se trata de evangelizar de manera capilar todos los aspectos de la experiencia humana.

Sin embargo, conviene subrayar aquí algunos campos de experiencia humana en los que el testimonio de los fieles laicos asume una importancia prioritaria.

. CUESTIONES URGENTES

A partir de las respuestas que se han recibido, resulta que muchas estas cuestiones hacen referencia a la vida en la sociedad contemporánea y reflejan preocupaciones ya sea por problemas que se dan indistintamente en muchos lugares de nuestro planeta, ya sea por problemas graves y amenazadores que están circunscritos a un determinado país.

Una presencia renovada de los fieles laicos no puede hoy eludir dos cuestiones urgentes.

Una primera serie de ellas se refiere a las variadas y graves formas de discriminación y de marginación de orden étnico, social, económico, político, cultural y religioso, que sufren muchos hombres e incluso enteras naciones. Mientras por una parte los derechos humanos se imponen cada vez más a la conciencia moral de la humanidad, por otra, se pisotean por regímenes totalitarios y autoritarios, por condiciones infrahumanas de sobrevivencia, por el hambre, por la escandalosa persistencia de situaciones de discriminación racial (apartheid), por limitaciones y persecuciones en el campo fundamental de la libertad religiosa. Los cristianos son solidarios con las víctimas inocentes de la injusticia y combaten para defender y promover, en todas partes, la dignidad de cada hombre de todos los hombres.¹⁴⁷

Una segunda serie de problemas que vivamente preocupa a los hombres de nuestro tiempo: la búsqueda de la paz en un mundo cada vez más herido por la violencia y la guerra, por el terrorismo, por la tortura, por los campos de concentración y por la militarización de la política. La amenaza nuclear y la carrera de armamentos pesan de modo dramático sobre el destino humano. La Iglesia está comprometida en primera fila en la ineludible tarea de construir la paz mediante la conversión del « corazón » de los hombres, el testimonio de la comunión y de la reconciliación, y la denuncia de todos los medios violentos. La Iglesia sabe que la paz debe estar construída sobre los fundamentos de la verdad, de la libertad, de la justicia, de la caridad.¹⁴⁸ Confía en que los fieles laicos, en colaboración con todos aquellos que buscan verdaderamente la paz, sean capaces, sin ilusiones irenistas, de vencer a la cultura del odio, de la venganza, de la enemistad y de abrir en todas partes esperanzas para una auténtica fraternidad vivida.¹⁴⁹

1. REALIDAD DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

La familia es decisiva para el equilibrio de las personas y la solidez del conjunto social. Con una vida familiar vivida en la perspectiva de la fe cristiana, los fieles laicos pueden transformar la vida cotidiana haciéndola más a la medida del hombre ya sea en las ciudades, ya en el campo.

La fidelidad al indisoluble vínculo conyugal, el respeto a la paternidad y maternidad responsables, la recepción y ayuda a la vida, el deber ineludible de la educación de los hijos, son tareas decisivas en las que se ejercita, en las fatigas diarias, un aspecto importante de la misión de los laicos. El Sínodo de los Obispos sobre la familia cristiana en el mundo contemporáneo y la Exhortación apostólica *Familiaris consortio* han ilustrado ampliamente la importancia eclesial de esta misión.¹⁵⁰

2. EL MUNDO DEL TRABAJO Y DE LA ECONOMIA

El trabajo humano, en sus múltiples formas es la clave de la cuestión social. Por esta razón tiene una decisiva prioridad en la misión de los laicos.

La dignidad de la persona y el principio de solidaridad están en juego en este campo. La importancia por revalorizar las realidades cristianas existentes en el mundo del trabajo y por poner en marcha otras nuevas, dentro de los movimientos de trabajadores, entre los empresarios y los sindicatos intermedios, aparece con una importancia decisiva a la luz de las profundas transformaciones que se están llevando a cabo en el mundo del trabajo. Tanto más que el redescubrimiento del significado del trabajo humano es hoy urgente a causa de la crisis de las ideologías.

En la fase presente del desarrollo económico mundial los sistemas actuales de organización del trabajo se muestran incapaces de hacer frente a la creciente desocupación. Además continúan manteniéndose en un estado de marginación vastas áreas humanas, e incluso pueblos enteros. La aplicación de la pura lógica del beneficio, del materialismo y del consumismo, que carga sobre las espaldas de aquellos que ya son pobres y un gravoso endeudamiento, representa el aspecto más macroscópico del desequilibrio del orden económico internacional.

La Encíclica *Laborem exercens*¹⁵¹ ofrece una perspectiva y un programa que merecen una realización más decisiva y creativa, en esta vigilia del primer centenario de la *Rerum novarum*.

1. EL MUNDO DE LA CULTURA Y DE LA CIENCIA

La creación y la transmisión de la cultura constituye en nuestros días una de las principales tareas de la convivencia humana y de la evolución social. Por esta razón no puede faltar en la Iglesia una atención pastoral particular a la presencia de los fieles laicos en el mundo de las escuelas, de las universidades, así como en los ambientes de investigación científica y tecnológica, o en los lugares de creación artística y de reflexión humanística.

Más allá de los estrepitosos descubrimientos y de los inmensos beneficios producidos por la ciencia y por la técnica, debe reconocerse que estas se demuestran totalmente insuficientes para dar una respuesta al profundo interrogante sobre la verdad que vive en el corazón de los hombres. La crisis de la educación escolar es una prueba evidente de ello. La tensión hacia la verdad y hacia el bien que hay en el hombre urge particularmente en el campo de la « refundamentación » de las ciencias sociales, en la profundización metafísica de la filosofía, en las investigaciones que se llevan a cabo en el campo delicado de la biogenética, de la informática, de la robótica y de la energía nuclear.

Es necesario por parte de los cristianos una mayor conciencia de este desafío puesto a la misión de la Iglesia y a la creatividad intelectual de los fieles laicos.

2. EL MUNDO DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Las aceleradas innovaciones, el complejo desarrollo y el influjo capilar de la formación de la mentalidad dominante hacen del mundo de los « mass-media » una nueva frontera de la misión eclesial. En particular, la responsabilidad profesional de los fieles laicos en este campo, ya sea que se ejercite a título personal, ya que opere en la promoción de inicia-

as institucionales cristianas, exige que se reconozca con todo su valor se sostenga mediante unos recursos materiales, intelectuales y pastorales más adecuados.¹⁵²

Es urgente, más que nunca, la educación del sentido crítico, animado por la pasión por la verdad, en el empleo y recepción de estos instrumentos potentes de comunicación. Los fieles deben ser defensores de la libertad, del respeto a la dignidad de las personas, de la auténtica elevación de la cultura de los pueblos en relación con los mass-media. Rechazarán toda forma de manipulación y, particularmente, de exaltación del ego, de la violencia, del erotismo, del consumismo desenfrenado, de la segregación de los valores morales personales y familiares.

4. EL MUNDO POLITICO

La dignidad y los derechos de la persona humana, así como la participación responsable de los ciudadanos a la cosa pública, son los quicios de una auténtica actividad política. Para los fieles laicos el empeño en política ha de ser considerado como un modo particularmente exigente de vivir la caridad al servicio de los demás en la perspectiva del bien común.¹⁵³

La postura escéptica en la política no tiene razón de ser entre los cristianos. Al mismo tiempo, deben reaccionar contra cualquier manifestación de idolatría y de cinismo respecto al « poder ». Parece particularmente importante promover entre los laicos vocaciones al compromiso político, tendiente a realizar los valores cristianos al servicio del hombre y al progreso de la justicia en la vida de las naciones. El desarrollo de las instituciones internacionales no puede ser ignorado por los cristianos.¹⁵⁴

Aunque bien las opciones políticas de cada cristiano no comprometen a la Iglesia, sino que sólo involucran la responsabilidad personal o de grupo, en todos modos, la comunidad cristiana y sus Pastores deben estar cerca de ser acogedores con los políticos para ayudarles a vivir su delicada tarea en profunda unidad con su fe.

IV. FORMACION DE LOS LAICOS

1. NECESIDAD DE LA FORMACION

El crecimiento en la vida espiritual y la actividad en la misión hacen necesaria una sólida formación para los fieles laicos, y que se ofrece en la Iglesia en diversas etapas y con diversos medios.

Se deben distinguir una catequesis fundamental orgánica y ulteriores modalidades formativas más específicas. La formación de los fieles laicos entiende como una educación que se dirige a descubrir, profundizar y desarrollar su propia vocación y misión cristianas. Por esto, además de una enseñanza teórica, para ser una educación integral, debe partir de una experiencia real de vida en la Iglesia. Sostenida por el testimonio de los maestros cristianos, la formación tenderá a suscitar una conciencia progresiva del significado de la pertenencia a la comunidad eclesial.

La formación no debe prescindir de una atenta consideración de los diversos ambientes en los que se encuentran insertos los fieles laicos.

2. FORMACION INTEGRAL

El objetivo integral de la formación es el crecimiento de la vida cristiana en todos sus aspectos, de modo que los fieles laicos adquieran el conocimiento y las disposiciones que necesitan para madurar su propia vida espiritual y desarrollar sus tareas apostólicas. La formación debe ser integral, porque la vida cristiana es una unidad orgánica. Descuidar una dimensión, perjudica a las demás. Es necesario, por tanto, desarrollar armónicamente los conocimientos de fe, la participación en los sacramentos y en la liturgia, y el dinamismo de la caridad.

3. PROFUNDIZACION EN LA PROPIA VOCACION

La formación reviste una particular importancia en la infancia y adolescencia, ya que en este período maduran las diversas elecciones que el hombre hace de cara a la vida. Desde su infancia, cada fiel debe aprender

us est ad christiane agendum per illa universa ex quibus constat integra vita, praesertim ad rem familiarem, ad laborem, ad humanum litem, ad rem sociale et politicam quod attinet.¹⁵⁹

4. DE FORMATIONE PERMANENTE

Expedi ut laici fideles illum gradum in sua christiana formatione attingant, qui conveniat cum eorundem in rebus saecularibus eruditione. Aliter enim non aeque pondere tracti, extenuandae fidei in periculum committentur et exsequendo missionis suae muneri impares evadent.

His de causis pastorum Ecclesiae est omnia laicis fidelibus procurare iumenta ut in variis provinciis iugiter et perfectius semper instituantur, videlicet in re biblica, theologica, morali, liturgica, spiritali. His instructi laici fideles officia sua in re sociali, oeconomica et politica exsequantur in spiritu christiano, sed et evangelicum vivendi institutum in conformes eventus reipsa inserere.

Speciali intentione illud procurandum est ut laici fideles doctrinam publicam Ecclesiae calleant, opus suum impendentes ut civilizatio amoris veritatis instauretur, cui promovendae se dicat Ecclesia. Huic doctrinae perficiendae, amplificandae et in emolumentum humanae consortiumis opere exsequendae laici fideles, pro sua quodammodo creandi facilitate, generose incumbent.

5. DE POPULARIS RELIGIOSI SENSUS MOMENTO

Spiritus Sancti impulsionibus ducti et Ecclesiae doctrinis instructi, laici fideles multis in locis fidem christianam induerunt vivaci et nativo impetu, iuxta cuiusque populi sensum et mentem: qui nimirum habitus prodit in ritibus usu traditis, in eloquio, in devotione, in festis, in peregrinationibus ad certa templa, in artis operibus, in christiana scientia vulgata. Haec gesta, hi mores, vi quorum per saeculorum immensum laborem factum est ut fides ad ipsum transierit intimum animum, tuenda, immo et promovenda sunt. Si qui defectus aut si quae disordinationes illuc irrepserint, apta corrigentur tradita catechesi, ex qua « sensus fidei » totius populi robur accipiet.

drán en condiciones de actuar cristianamente en todas aquellas realidades que constituyen el tejido de su existencia, especialmente, la familia, el trabajo, la cultura, la vida social y política.¹⁵⁹

1. FORMACION PERMANENTE

Conviene que los fieles laicos tengan una formación cristiana que esté a un nivel correspondiente con el de su propia cultura profana. De otra forma, corren el riesgo de caer en un peligroso desequilibrio: su vida queda atrofiada y no se encuentran en condiciones de llevar a cabo su misión.

Por esta razón, los Pastores de la Iglesia deben preocuparse de ofrecer a los laicos la posibilidad de una formación permanente que profundice en diferentes campos (bíblico, teológico, moral, litúrgico, espiritual). De esta manera los fieles laicos podrán afrontar con espíritu cristiano sus responsabilidades sociales, económicas y políticas, e inculturar el Evangelio en las situaciones particulares de su vida cotidiana.

Requiere una atención particular la formación de los laicos en la doctrina social de la Iglesia, con objeto de que se construya aquella civilización de la verdad y del amor que la Iglesia quiere promover. Los fieles laicos pueden contribuir, creativamente, a desarrollar esta doctrina y aplicarla para el bien de toda la sociedad.

2. IMPORTANCIA DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Guiados por el Espíritu y la enseñanza de la Iglesia, los fieles laicos han sabido, en muchos países, dar a la fe cristiana una expresión popular, viva y espontánea, que se manifiesta en las costumbres y en el lenguaje, en las devociones y en las fiestas, en el aflujo de los peregrinos a ciertos santuarios, en el arte y en la sabiduría popular cristiana. Esta inculturación de la fe, llevada a cabo a lo largo de los siglos, debe ser acogida con respeto y promovida. Las eventuales carencias o deformaciones, que pueden aparecer en estas manifestaciones, encontrarán un remedio en un esfuerzo de catequesis apropiada, tendiente a consolidar el « *sensus fidei* » del pueblo.

6. LOS FIELES LAICOS QUE TIENEN A SU CARGO LA FORMACION DE OTROS

Muchos fieles laicos, hombres y mujeres, asumen generosamente tareas formativas en favor de otros fieles. A través de clases, relaciones y ciclos de conferencias sobre aquellas materias en las que gozan de competencia profesional, pueden ofrecer una propuesta de solución cristiana a muchos problemas actuales. Sobre todo, su tarea reviste una particular importancia en la catequesis, en el acompañamiento espiritual, en el servicio de aquellas comunidades eclesiales privadas de ministros ordenados.

Es necesario dar a estos fieles laicos una formación más completa y profunda, porque no sólo deben conformar la propia existencia al Evangelio, sino que además deben saber dar respuesta a las diversas cuestiones y problemas que les planteen los otros cristianos.

Tienen necesidad de una vida espiritual radicada en Cristo y un profundo sentido de dedicación a la Iglesia. Tendrán un empeño especial en colaborar sinceramente con los Pastores de la Iglesia, y de estar disponibles para manifestarles las propias experiencias, los progresos que se han conseguido o las dificultades que han encontrado. Por otra parte, deben estar abiertos a las necesidades de los demás, disponibles para servirles, evitando cualquier postura que no esté de acuerdo con la humildad cristiana.

7. LOS PRESBITEROS Y LA FORMACION DE LOS LAICOS

Diversas respuestas a los *Lineamenta* han puesto de relieve que es muy necesario que todos los presbíteros favorezcan la promoción de los laicos, según el impulso dado por el Concilio Vaticano II. Antes que nada los presbíteros deben contribuir a la formación de los laicos, respetando su propia vocación, y resistiendo por tanto a toda tentación de marginalizarlos o excluirlos.

Así como « inter alia vero dona Dei quae in fidelibus abundanter veniuntur peculiari cura digna sunt, quibus non pauci ad altiore tam spiritualem attrahuntur », ¹⁶⁰ los presbíteros ayudarán a los fieles laicos para que progresen en la vida espiritual, mediante la unión per-

nal con Cristo en su existencia cotidiana y la participación en la vida toda la comunidad.

Además, « sabiendo discernir aquellos espíritus que tienen origen Dios, deben descubrir con sentido de fe los carismas, sean humildes excelsos, que bajo muchas formas se conceden a los laicos; deben admitirlos con alegría y fomentarlos con diligencia ».¹⁶¹

Pondrán mucho esmero en la formación apostólica de los laicos mostrando la importancia de su misión para la transformación cristiana del mundo y para el bien de toda la familia humana.

La predicación y, de manera particular, las homilías tienen una decisiva importancia en vista de la permanente educación de la fe del entero pueblo de Dios. Los presbíteros, por tanto, se esforzarán por cuidar su predicación, en la que no debe faltar, poner de relieve oportunamente la presencia de la vocación y de la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo.

Es necesario hoy que los candidatos al sacerdocio reciban una formación más intensa en lo que se refiere al servicio y a la colaboración con los laicos. Los futuros presbíteros deberán ser, generosamente, « ovejas de la grey » (1 Pe 5, 3), estando entre los laicos como el Maestro, que « no vino para ser servido sino para servir, y dar la vida para la redención de muchos » (Mt 20, 28). De este modo darán testimonio de la riqueza de la vida que está en Cristo, y unirán sus propios esfuerzos con los de los fieles laicos, mirando a la realización de la única misión de la Iglesia.¹⁶²

CONCLUSION

. EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

A veinte años de la conclusión del Concilio Vaticano II, la situación de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo manifiesta la fecundidad del Concilio y hace esperar nuevos progresos.

En la Iglesia, la vocación y la misión de los fieles laicos se reconoce de manera más explícita y efectiva. En efecto, la eclesiología de comunión, concepto central y fundamental en los documentos del Concilio»,¹⁶³ permea toda la vida de la Iglesia, mostrando que en ella « es común la fraternidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de hijos, común la llamada a la perfección ».¹⁶⁴ Por esto precisamente muchos fieles laicos se han hecho más conscientes de la grandeza de su vocación. Saben que Dios Padre les ha llamado personalmente para vivir en una relación filial con El y fraterna con los demás, gracias al amor de Cristo y a la comunión del Espíritu Santo. En esta luz, los fieles laicos contribuyen generosamente, con creciente sentido de responsabilidad, en las diversas manifestaciones de la vida de la Iglesia, tanto en su desarrollo interno como en su apostolado externo.

En el mundo actual, la situación de los fieles laicos no es fácil. No faltan problemas graves y difundidos. El hambre, la opresión, la guerra conducen una parte de la humanidad a una suerte inhumana, mientras que, por el contrario, la abundancia de bienes materiales y culturales suscita peligros de diverso tipo, no menos temibles. Sin embargo, también en estas condiciones arraigan promesas consoladoras, que se fundan en el ejercicio de la comunión. En efecto, si existe una esperanza de solución para los graves problemas del mundo moderno, se encuentra en los dinamismos de participación que ahora alcanzan amplitud y vigores del todo nuevos, aunque a veces tomen falsas direcciones. En la eclesiología de comunión, los fieles laicos encuentran incomparables recursos para salir al encuentro de las necesidades del mundo y remediar valientemente sus males. Su misión consiste en propagar por todas partes la caridad divina,

que nos ha sido comunicada por la adhesión de fe a Cristo, y atrayendo, de esta manera, a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a la comunión que Dios ofrece a todos en la Iglesia de Cristo.

A los Padres de la VII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos se ofrecen estos puntos de reflexión y de meditación para que, reconociendo la vocación y misión de los discípulos de Cristo, según las enseñanzas del Concilio Vaticano II, puedan indicar eficazmente a los fieles laicos la vía de la comunión « con el Padre y con el Hijo » (Jn 1, 3) en la cual son introducidos por medio del Espíritu Santo, que es Señor y da la vida.¹⁶⁵

NOTAE

INTRODUCTIO

¹ SYNODI EPISCOPORUM *De vocatione et missione laicorum in Ecclesia et in mundo: ...* *documenta* (1985), n. 12.

PARS I

² Cfr. IOANNIS PAULI II *Alloc. ad Sodales Consilii Secretariae Generalis Synodi Episcoporum* (19-5-1984), 4: AAS 76 (1984) 785.

³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 31: AAS 57 (1965) 37.

⁴ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 10: AAS 58 (1966) 1033.

⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 19: AAS 58 (1966) 854; *Codicis Iuris Canonici*, can. 215.

⁶ Cfr. SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-85), C 1.

PARS II

⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 1: AAS (1966) 837.

⁸ Cfr. SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-1985), C 1.

⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 39: AAS 57 (1965) 44.

¹⁰ Cfr. *Io* 17, 26; *2 Cor* 13, 13.

¹¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 31: AAS (1965) 37.

¹² Cfr. *Gen* 1, 28.

¹³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 34: AAS 58 (1966) 1053.

¹⁴ Cfr. *ibid.* 50: AAS 58 (1966) 1071.

¹⁵ Cfr. *ibid.* 34: AAS 58 (1966) 1052.

¹⁶ Cfr. IOANNIS PAULI II *Epist. Apost. Salvifici Doloris*, 19: AAS 76 (1984) 225-226.

¹⁷ Cfr. *Mt* 5, 11 ss.; *1 Pet* 4, 14.

¹⁸ Cfr. *1 Pet* 1, 15.

¹⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de Oecumenismo *Unitatis Redintegratio*, 2: AAS (1965) 91.

²⁰ Cfr. *Io* 17, 21-23.

²¹ Cfr. *Gen* 1, 31.

²² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 39: AAS 58 (1966) 1056-1057.

²³ CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 5: AAS 57 (1965) 8.

²⁴ Cfr. *1 Io* 1, 3.

- ²⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 13: AAS 58 (1966) 1034-1035.
- ²⁶ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de Oecumenismo *Unitatis Redintegratio*, 12: AAS (1965) 99-100.
- ²⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 93: AAS 58 (1966) 1114.
- ²⁸ Cfr. *Rom* 6, 3-5; *1 Cor* 12, 12-13; CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 31: AAS 57 (1965) 37.
- ²⁹ Cfr. *Rom* 14, 7-8; *2 Cor* 5, 15; *Gal* 2, 19-20.
- ³⁰ Cfr. *Io* 15, 9.
- ³¹ Cfr. *Eph* 4, 5.
- ³² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 32: AAS 57 (1965) Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum Ordinis*, 9: AAS 58 (1966) 1005.
- ³³ SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-85), II 1; CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 48: AAS 57 (1965) 53.
- ³⁴ Cfr. *Codicis Iuris Canonici*, can. 217.
- ³⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 11: AAS (1965) 15.
- ³⁶ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, AAS 58 (1966) 839.
- ³⁷ Cfr. *Codicis Iuris Canonici*, can. 216.
- ³⁸ Cfr. *ibid.*, can. 215.
- ³⁹ Cfr. *ibid.*, can. 223, 2.
- ⁴⁰ Cfr. *1 Cor* 10, 17; *Rom* 12, 5; CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 7: AAS 57 (1965) 10; IOANNIS PAULI II Epist. *Dominicae Cenaee*, 4: LS 72 (1980) 119-121.
- ⁴¹ RUPERTI T. *De Divinis Officiis*, II, 11: MIGNE, PL 170, 43.
- ⁴² Cfr. *Mt* 26, 28; *Eph* 1, 7.
- ⁴³ Cfr. IOANNIS PAULI II Adhort. Apost. *Reconciliatio et Paenitentia*, 28: AAS 77 (1985) ss.
- ⁴⁴ Cfr. IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 20: AAS 71 (1979) 313.
- ⁴⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 31: AAS 57 (1965) Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 2: AAS 58 (1966) 838-839.
- ⁴⁶ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 3: LS 58 (1966) 839.
- ⁴⁷ Cfr. *1 Pet* 2, 5; *Apoc* 1, 6; 5, 10.
- ⁴⁸ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 10. 34: AAS (1965) 14. 40.
- ⁴⁹ *Ibid.*, 12, p. 16.
- ⁵⁰ *Ibid.*, 35, p. 40.
- ⁵¹ Cfr. *Io* 12, 32; *1 Cor* 15, 28.
- ⁵² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 36: AAS (1965) 41; IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 21: AAS 71 (1979) 316.
- ⁵³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 37: AAS (1965) 14. 40.
- ⁵⁴ Ex *Hymno akathisto*: MIGNE, PG 92, 1338, 35-39.
- ⁵⁵ Cfr. *Lc* 1, 38; *Io* 19, 26-27; IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 22: LS 71 (1979) 323.
- ⁵⁶ Cfr. IOANNIS PAULI II *Alloc. in Urbe Tegucigalpa (Honduras)* (8-3-1983), 6: AAS (1983) 753-754.
- ⁵⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 60: AAS 58 (1966) 1081; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, AAS 58 (1966) 841.
- ⁵⁸ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 33: AAS 57 (1965) Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 3: AAS 58 (1966) 839.
- ⁵⁹ Cfr. *Rom* 6, 11.
- ⁶⁰ Cfr. *1 Cor* 12, 4-6.

- ⁴¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 12: AAS 57 (1965) Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 3: AAS 58 (1966) 839.
- ⁴² Cfr. SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-2-85), D 3.
- ⁴³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 43: AAS 58 (1966) 1062-1063.
- ⁴⁴ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 31: AAS (1965) 38.
- ⁴⁵ Cfr. SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-85), D 2 et 3.
- ⁴⁶ *Ibid.* II D 6.
- ⁴⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 43: AAS 58 (1966) 1062; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 7: S 58 (1966) 844.
- ⁴⁸ *Ibid.* 5: AAS 58 (1966) 842; CONGR. PRO DOCTRINA FIDEI Instr. de libertate christiana liberatione *Libertatis Conscientiae* (22-3-1986), 80.
- ⁴⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 11: AAS (1965) 15-16.
- ⁵⁰ Cfr. Eph 5, 21-23; IOANNIS PAULI II Adhort. Apost. *Familiaris Consortio*, 13: AAS (1982) 95.
- ⁵¹ *Ibid.* 11: AAS 74 (1982) 91-93.
- ⁵² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 11: AAS (1965) 16; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 11: AAS 58 (1966) 848.
- ⁵³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 48: AAS 58 (1966) 1067.
- ⁵⁴ CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 35: AAS 57 (1965) 41.
- ⁵⁵ Cfr. 1 Cor 12, 4-11. 28-31; Rom 12, 6-8; 1 Pet 4, 10-11.
- ⁵⁶ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 4. 12. 25. 30: AAS 57 (1965) 6 s. 16 s. 29 ss. 37; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, AAS 58 (1966) 839 s.; Decr. de activitate missionali Ecclesiae *Ad Gentes*, 4, 28: AAS (1966) 950 s. 979.
- ⁵⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 3: AAS 58 (1966) 839.
- ⁵⁸ *Ibid.* 3: AAS 58 (1966) 840.
- ⁵⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 12: AAS (1965) 17.
- ⁶⁰ *Ibid.* 7: AAS 57 (1965) 10.
- ⁶¹ *Ibid.* 12: AAS 57 (1965) 17.
- ⁶² *Ibid.* 30: AAS 57 (1965) 37.
- ⁶³ *Ibid.* 33: AAS 57 (1965) 39.
- ⁶⁴ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 73: AAS 68 (1976) 61-63; Litt. ost. *Ministeria Quaedam*: AAS 64 (1972) 529-534.
- ⁶⁵ IOANNIS PAULI II *Alloc. ad laicos in urbe Fulda: Insegnamenti III*, 2 (1980) 1299-1310.
- ⁶⁶ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 73: AAS 68 (1976) 62.
- ⁶⁷ Cfr. IOANNIS PAULI II *Alloc. ad clerum Helveticum, in urbe Einsiedeln*: AAS 77 (1985) 63.
- ⁶⁸ CONC. TRID. sess. XXIV, *Decr. de sacram. matrimonii*, can. 10: DENZ.-SCHÖNM. 1810.

PARS III

- ⁶⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 43: AAS 58 (1966) 1062-1063.
- ⁷⁰ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 40: AAS (1965) 44.
- ⁷¹ Cfr. Rom 6, 2-4.
- ⁷² Cfr. 1 Io 2, 6.
- ⁷³ Cfr. Heb 10, 5-10.
- ⁷⁴ Cfr. Mt 16, 22-24.
- ⁷⁵ Cfr. Mt 25, 31-46.

- ⁹⁶ Cfr. CONGR. PRO DOCTRINA FIDEI Instr. de libertate christiana et liberatione *Libertatis Conscientiae* (22-3-1986), 62.
- ⁹⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, AAS 58 (1966) 840-841.
- ⁹⁸ Cfr. *Mt* 13, 31-32.
- ⁹⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Divina Revelatione *Dei Verbum*, 21: AAS (1966) 827-828.
- ¹⁰⁰ *Ibid.* 828.
- ¹⁰¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 4: LS 58 (1966) 840.
- ¹⁰² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 11: AAS (1965) 15.
- ¹⁰³ Cfr. *ibid.* 34: AAS 57 (1965) 40.
- ¹⁰⁴ Cfr. *Lc* 18, 1; 22, 40; *Rom* 12, 12.
- ¹⁰⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de Oecumenismo *Unitatis Redintegratio*, 3: AAS (1965) 94.
- ¹⁰⁶ CONC. OEC. VAT. II Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum Ordinis*, AAS 58 (1966) 998.
- ¹⁰⁷ Cfr. *2 Pet* 3, 9.
- ¹⁰⁸ Cfr. *Lc* 15, 22-24.
- ¹⁰⁹ Cfr. *1 Cor* 9, 25-27.
- ¹¹⁰ CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 41: AAS 57 (1965) 45.
- ¹¹¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 4: LS 58 (1966) 841.
- ¹¹² *Ibid.*
- ¹¹³ CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 62: AAS 57 (1965) 63.
- ¹¹⁴ *Ibid.* 35: AAS 57 (1965) 41.
- ¹¹⁵ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 14: AAS 68 (1976) 13.
- ¹¹⁶ SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-1985), D 4; IOANNIS PAULI II, Epist. Enc. *Slavorum Apostoli* 18, 19, 21: AAS 77 (1985) 800-803.
- ¹¹⁷ Cfr. *Lc* 2, 52.
- ¹¹⁸ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 9: LS 58 (1966) 846.
- ¹¹⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 1: AAS 58 (1966) 1025.
- ¹²⁰ Cfr. IOANNIS PAULI II Epist. Apost. *Salvifici Doloris*, 31: AAS 75 (1984) 250.
- ¹²¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 1: AAS 58 (1966) 1025-1026.
- ¹²² IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 21: AAS 71 (1979) 320.
- ¹²³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 41: AAS 58 (1966) 1059; IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 8, 10: LS 71 (1979) 271, 274.
- ¹²⁴ CONGR. PRO DOCTRINA FIDEI Instr. de libertate christiana et liberatione *Libertatis Conscientiae* (22-3-1986), 71.
- ¹²⁵ Cfr. *Act* 4, 13, 29-31: « parrhesia ».
- ¹²⁶ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de activitate missionali Ecclesiae *Ad Gentes*, 11: LS 58 (1966) 959; Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 38: AAS 57 (1965) 43.
- ¹²⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 39: AAS 58 (1966) 1056; Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 48: AAS (1965) 53.
- ¹²⁸ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 60: AAS 68 (1976) 50-51.
- ¹²⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de Oecumenismo *Unitatis Redintegratio*, 5, 24: AAS (1965) 96, 107.
- ¹³⁰ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Declar. de Ecclesiae habitudine ad Religiones non-Christianas *Aetate*, 2: AAS 58 (1966) 741; IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 6: LS 71 (1979) 262-268.
- ¹³¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium Spes*, 92: AAS 58 (1966) 1114; Decr. de activitate missionali Ecclesiae *Ad Gentes*, AAS 58 (1966) 959-960.

- ¹³² Cfr. PAULI VI Litt. Enc. *Populorum Progressio*, 20, 21: AAS 59 (1967) 267-268.
- ¹³³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 23. 26. 27: AAS (1965) 27. 31. 32.
- ¹³⁴ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de pastoralis episcoporum munere in Ecclesia *Christus minus*, 27: AAS 58 (1966) 687.
- ¹³⁵ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, AAS 58 (1966) 846; IOANNIS PAULI Adhort. Apost. *Catechesi Tradendae*, 67: AAS (1979) 1332.
- ¹³⁶ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 58: AAS 68 (1976) 46-49; CONGR. DOCTRINA FIDEI Instr. de libertate christiana et liberatione *Libertatis Conscientiae* (3-1986), 68.
- ¹³⁷ IOANNIS PAULI II *Alloc. ad catechistas in urbe Kaduna: Insegnamenti V*, 1 (1982) 432.
- ¹³⁸ CONGR. PER L'EDUCAZIONE CATTOLICA, *Il laico cattolico testimone della fede nella ola*, Roma 1982.
- ¹³⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 37: AAS (1965) 43; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 18-20: AAS 58 (1966) 855.
- ¹⁴⁰ Cfr. *Codicis Iuris Canonici*, cann. 215-216, 298-329.
- ¹⁴¹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 21: AAS 58 (1966) 855.
- ¹⁴² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 12: AAS (1965) 16-17; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 3: AAS 58 (1966) 855; Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum Ordinis*, 9: AAS 58 (1966) 1006.
- ¹⁴³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 19. 21: AAS 58 (1966) 853. 855; Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium et Spes*, 41: AAS 58 (1966) 1112; Decr. de activitate missionali Ecclesiae *Ad Gentes*, 41: AAS 58 (1966) 989.
- ¹⁴⁴ CONGR. PRO DOCTRINA FIDEI Instr. de libertate christiana et liberatione *Libertatis Conscientiae* (22-3-1986), 80.
- ¹⁴⁵ In praefata Instructione de libertate christiana et liberatione praebet elenchus oratus rerum quae ad Doctrinam socialem Ecclesiae pertinent, nn. 71-96.
- ¹⁴⁶ Cfr. PAULI VI Adhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi*, 70: AAS 68 (1976) 60.
- ¹⁴⁷ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium et Spes*, 1: AAS 58 (1966) 1025; Declar. de Ecclesiae habitudine ad Religiones non-Christianas *Inter Aetate*, 5: AAS 58 (1966) 743-744; IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Redemptor Hominis*, 29: AAS 71 (1979) 295-300.
- ¹⁴⁸ Cfr. IOANNIS XXIII Litt. Enc. de pace omnium gentium in veritate, iustitia, caritate, unitate constituenda *Pacem in Terris*: AAS 55 (1963) 257-304.
- ¹⁴⁹ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium et Spes*, 77-90: AAS 58 (1966) 1100-1112; Nuntios ob diem ad pacem fovendam Calendis variis celebrandum 1968-1987.
- ¹⁵⁰ IOANNIS PAULI II Adhort. Apost. *Familiaris Consortio*: AAS 74 (1982) 81-192.
- ¹⁵¹ IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Laborem Exercens*: AAS 73 (1981) 577-647.
- ¹⁵² Cfr. CONC. OEC. VAT. II Decr. de instrumentis communicationis socialis *Inter Mirifica*, 22: AAS 56 (1964) 149-152; Nuntios ob diem ad rectum usum fovendum instrumentorum communicationis Socialis statutum 1968-1986.
- ¹⁵³ Cfr. CONC. OEC. VAT. II Const. past. de Ecclesia in mundo huius temporis *Gaudium et Spes*, 73-76: AAS 58 (1966) 1094-1100.
- ¹⁵⁴ *Ibid.* 88-90: AAS 58 (1966) 1111-1112.
- ¹⁵⁵ *Ibid.* 43: AAS 58 (1966) 1063.
- ¹⁵⁶ Cfr. IOANNIS PAULI II Adhort. Apost. *Familiaris Consortio*, 66: AAS 74 (1982) 159-162.
- ¹⁵⁷ Cfr. *1 Pet 5*, 10; CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 41: AAS 58 (1965) 47.
- ¹⁵⁸ Cfr. *Directorium catechisticum generale*, 21.
- ¹⁵⁹ *Ibid.* 26.
- ¹⁶⁰ CONC. OEC. VAT. II Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum Ordinis* 9: AAS 58 (1966) 1006;
- ¹⁶¹ *Ibid.*

¹⁴² Cfr. *ibid.*, pp. 1005-1006; Decr. de apostolatu Laicorum *Apostolicam Actuositatem*, 6: *S* 58 (1966) 842.

CONCLUSIO

¹⁴³ SYNODI EPISCOPORUM *Relationis finalis extraordinarii coetus generalis II* (8-12-85), II C 1.

¹⁴⁴ CONC. OEC. VAT. II Const. dogm. de Ecclesia *Lumen Gentium*, 32: *AAS* 57 (1965) 38.

¹⁴⁵ Cfr. IOANNIS PAULI II Litt. Enc. *Dominum et Vivificantem*, 52. 1: *AAS* 78 (1986) 874. 809.

INDICE

Introducción

- | | |
|--|---|
| 1. El tema | 5 |
| 2. Naturaleza y objeto del <i>Instrumentum Laboris</i> | 7 |
| 3. Plan del <i>Instrumentum Laboris</i> | 7 |

Primera parte

MIRADA DE FE

A LA SITUACION HUMANA CONTEMPORANEA

Dinamismos de participación en el mundo actual

- | | |
|--|----|
| 4. A veinte años del Concilio | 11 |
| 5. Participación y progreso | 13 |
| 6. Dimensión política de la participación | 13 |
| 7. Participación e identidad cultural | 17 |
| 8. Participación y dignidad de la persona humana | 19 |
| 9. Participación y promoción de la mujer | 21 |
| 10. Factores que dificultan la participación | 23 |

Misión de la Iglesia y participación de los fieles laicos

- | | |
|--|----|
| 11. Participación integral en la historia humana | 27 |
| 12. Promoción del laicado | 27 |
| 13. Nuevos interrogantes que surgen en relación con la tarea
de los fieles laicos en la Iglesia | 29 |

75. Importancia de la religiosidad popular	115
76. Los fieles laicos que tienen a su cargo la formación de otros	117
77. Los presbíteros y la formación de los laicos	117

clusión

78. En la Iglesia y en el mundo	121
---	-----

<i>Indice</i>	131
-------------------------	-----

Segunda parte

LOS FIELES LAICOS Y EL MISTERIO DE LA IGLESIA

La participación de los laicos en la vocación y misión de la Iglesia

14. Distinción entre vocación y misión	35
15. Llamados por Dios a una comunión de amor	37
16. Comunión en la Iglesia y vida en el mundo	39
17. Progreso en la comunión con la Santísima Trinidad	39
18. Misión comunitaria y personal	43
19. Misión en el mundo creado	45
20. Misión en la familia humana	45
21. Misión y misterio del mal	47

Comunión y participación en la Iglesia

22. La novedad bautismal	49
23. Confirmación y apostolado	49
24. Eucaristía y plenitud de la comunión eclesial	51
25. La participación en los « tria munera » de Cristo	53
26. María, modelo fiel, y la dignidad de la mujer	55
27. El estado de vida del fiel laico	57
28. El fiel laico en el mundo	57
29. El estado matrimonial	59
30. Las múltiples riquezas de los carismas	61
31. Tareas y ministerios	61
32. Necesidad de una clarificación de los ministerios no ordenados	63
33. Comunión y corresponsabilidad en los tres estados de vida cristiana	63

Tercera parte
TESTIGOS DE CRISTO EN EL MUNDO

La vida según el espíritu

A. *Discípulos de Cristo*

34. Unidad de vida	67
35. La llamada universal a la santidad	67
36. La « secula Christi »	69
37. Necesidad del discernimiento	69
38. Un estilo de vida según las Bienaventuranzas	71

3. *Crecimiento en la vida de la gracia*

39. Conversión continua	71
40. La Palabra de Dios	73
41. La Eucaristía	73
42. La oración comunitaria y personal	75
43. La reconciliación sacramental	75
44. La ascésis cristiana	77
45. María, madre de la vida espiritual	77

Los sujetos de la misión

A. *La participación de todos los fieles en la misión de la Iglesia*

46. La Iglesia en estado de misión	79
47. Evangelización e inculturación	79
48. Esperanzas para la misión	81
49. Los pobres en la misión de la Iglesia	83

B. *Las actitudes del fiel en la tarea misional*

50. Actitudes necesarias	83
51. El compartir y la solidaridad	85
52. Juzgar cristianamente la vida	85

53. Dar testimonio con franqueza	87
54. Construir con realismo cristiano	87
55. Con el estilo del diálogo	87

C. En comunión para la misión

56. Los laicos y la misión de la iglesia particular	89
57. Los laicos y la misión de la parroquia	91
58. Los laicos y la misión de los institutos católicos de enseñanza	93
59. Laicos, asociaciones y movimientos	95
60. Criterios de eclesialidad	95
61. Consagrados para la misión	97

Campos de la misión del fiel

62. Criterios para una presencia renovada	99
63. Presencia en el mundo	101
64. Cuestiones urgentes	103
65. Realidad del matrimonio y de la familia	105
66. El mundo del trabajo y de la economía	105
67. El mundo de la cultura y de la ciencia	107
68. El mundo de las comunicaciones sociales	107
69. El mundo político	109

Formación de los laicos

70. Necesidad de la formación	111
71. Formación integral	111
72. Profundización en la propia vocación	111
73. Importancia fundamental de la catequesis	113
74. Formación permanente	115